

Alfredo Palacios Marte
El vigilante





El vigilante

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Alfredo Palacios Marte

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección

María López

Diagramación y diseño de portada

Darianyel Molina

Imagen de portada

Figura sentada de Pascual Navarro, 1945.

Carboncillo sobre papel, 22x16 cm.

Colección de arte venezolano del siglo XX

Cortesía de PDVSA-La Estancia

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5787-9

Depósito legal: DC2025000861

Alfredo Palacios Marte

El vigilante

A mis amigos que partieron

A los amigos que están

A los amigos que vendrán

A los amigos que resistieron

I

Se acabó el sueño

En la agonía de su sueño, con los ojos entreabiertos, Valmore intentaba comprender qué había sucedido, aunque el agudo dolor que sentía en su estómago hacía difuso su pensamiento. El dolor no era solo físico, sino también espiritual. Sentía, tirado como estaba en el piso, que las ilusiones de los últimos tiempos se arrastraban sin poder levantarse. Había llegado a una situación en la que no comprendía lo que le estaba sucediendo y mucho menos entendía por qué ya no tendría futuro. Esto ocurría cuando este episodio de su vida, así lo entendía, subía hacia un pedestal luminoso, pero la realidad era que el golpe recibido le impediría superar siquiera un escalón.

A medida que pasaban los minutos de vida que le quedaban, su dolor físico y espiritual se incrementaba. Le dolía percibir que los pasos dados para llegar a París se desvanecían sin saber por qué. Más aún le dolía ver que los planes de cambio de vida no se cumplirían. Su sangre, esa que circulaba en sus venas y que la heredó en el pueblo de los Andes, la veía esparcida en el piso y no como aspiraba a que se convirtiera: en la admiración de familiares y envidia de conocidos. Sin poder moverse, sin poder hablar, solo emitiendo leves quejidos, no le quedaba más que sumergir sus pensamientos en aquellos tiempos de vida pueblerina, antes denigrada, y que ahora los veía gloriosos.

Sabía que en su vida había pasado por sucesos a veces inusuales, a veces cercanos a la violencia, a veces buscados, a veces inesperados, pero nunca se imaginó que su final llegaría sin saber la causa. En

medio del delirio de despedida, quizás esta incertidumbre sería lo que más le molestaba. No saber por qué lo habían apuñalado en el estómago, sin previo aviso, sin ninguna increpación, sin ninguna acusación, no tenía sentido para él. Estar tendido en el suelo gimiendo por el daño sufrido sin saber la razón de la agresión, lo conducía con más rapidez al desenlace.

Otro momento sublime que vino a él, en esos instantes, fue lo vivido con su querida Alexia, quien cambió su vida de los últimos años. Se preguntó si ella llegaría a tiempo para auxiliarlo y consolarlo. Recordó que habían tenido una trivial discusión antes de que ella saliera a la calle. Él estaba disgustado porque Alexia insistía en salir a pasear por los bulevares parisinos, sabiendo que él no lo disfrutaba mucho. Ni siquiera cuando vivían en Caracas se mostraba favorable a sus peticiones de salir a caminar. En su interior, él pensaba que ella no tomaba en cuenta sus dificultades físicas para andar, no entendía que él sentía cierta vergüenza con la cojera que lo exponía, más aún en una ciudad en la cual no se podía entender con los transeúntes porque no hablaba el idioma.

Por supuesto que Valmore tenía claro que se habían ido a vivir a la capital francesa porque ella fue quien insistió en ese destino, lo planificó y lo ejecutó, destino con el cual Alexia tenía un vínculo fuerte de su pasado con esa nación europea. También fue cierto que las circunstancias que comenzaron a surgir en sus vidas en Venezuela, aunque venían desde hace tiempo conversando sobre el particular, los obligaron a decidir, con cierta urgencia, a salir del país.

Valmore recordaba que el tema de la discusión lo tenía todavía atribulado cuando escuchó el golpeteo en la puerta de la habitación del hotel donde se alojaban. En ese momento pensó que Alexia venía de regreso y que por algún descuido había dejado olvidada la tarjeta-llave de la puerta, razón por la cual no podía abrirla. Por ello, se decidió a abrir sin ninguna prevención y determinado a conciliarse

con Alexia. La buena suerte no lo acompañó. Su sorpresa fue ver a aquel desconocido, quien le haría daño. Su rostro era redondo, piel blanca, cabeza calva, barba canosa, mirada acuciante, “un cuarentón y bravucón”, como dirían en su pueblo. Vestía un abrigo de invierno algo desgastado, cerrado hasta el cuello. Llevaba sus manos metidas en los bolsillos del sobretodo. Sin mediar palabra, aquel sujeto dio un paso hacia dentro de la habitación, sorprendiendo a Valmore, a quien no le quedó otra que retroceder y solo se le ocurrió decir: “Yo no hablo francés”.

—Así que tú eres el sinvergüenza —vociferó el individuo en perfecto castellano.

—¿Y vos quién sos? —replicó Valmore en su acostumbrada jerga andina y dio otro paso hacia atrás.

En ese instante, el recién llegado sacó su mano izquierda del bolsillo del gabán; empuñaba en ella una navaja “pico ‘e loro”, se abalanzó sobre Valmore y le hundió el filoso metal en la parte baja del estómago.

Valmore lanzó un fuerte alarido provocado por el dolor, también con la esperanza de que alguien lo escuchara y acudiera a socorrerlo; se tambaleó, trató, infructuosamente, de sostenerse en pie agarrado de la silla cercana, pero terminó cayendo al piso. Su agresor se acercó, lo miró intensamente a los ojos y soltó estas palabras en voz baja: “Al que da mal por bien, el mal no se apartará de su casa”. Seguidamente, el intruso se asomó al balcón de la habitación, luego entró al baño, verificó que no había nadie, se dispuso a salir, echó un último vistazo a la habitación y lo sorprendió ver en la cama un gato, se acercó a él y cuando intentó acariciarlo, el animal le dio un fuerte zarpazo en la mano que provocó un leve sangramiento, que cayó en la prístina sábana blanca. El sujeto se vio la leve herida, decidió salir con rapidez del recinto y cerrar la puerta.

En su estado agónico, además de visualizar los aspectos de su vida, Valmore intentaba encontrar el significado de las palabras dichas por su agresor; se dijo a sí mismo en su pensamiento: “Que yo sepa, por Dios, no le he hecho mal a nadie, siempre he sido buena gente. ¿Por qué ahora me ocurre esto? ¿Quién es ese desgraciado?”. Las lágrimas se deslizaron por su rostro, la sangre seguía desparramándose en la alfombra, momento en que la vida del “Vigilante”, remoquete con el que era conocido por algunos en su última etapa de transición en Caracas, se desvanecía.

La mucama del hotel acababa de terminar su labor en la habitación contigua a la de donde yacía Valmore y se disponía a hacer lo concerniente en esta otra. Ella, debido a su larga experiencia de trabajo en hostelería, siempre se burlaba de las frecuentes escenas de películas y series de televisión en las que las empleadas de limpieza, al entrar a una habitación, se encontraban con un cadáver en la cama o en el baño o en el piso y comenzaban a pegar gritos desaforados. Como eso nunca le había ocurrido a ella y tampoco a sus colegas, se decía que era una falta de imaginación de quienes escribían los guiones y las novelas. Esa mañana experimentaría lo que había visto con incredulidad en las pantallas. Luego de tocar dos veces, como siempre lo hacía, para asegurarse de que no había nadie, procedió a abrir la puerta. Al entrar en la habitación sus ojos se posaron en el cuerpo inerte tirado en el suelo y en la sangre esparcida en la alfombra. Comenzó a temblar, el miedo se apoderó de ella y solo se le ocurrió decir: “Señor, señor, ¿qué le pasa?”, y agregó una frase trillada precisamente en los filmes: “¿Se encuentra usted bien?”. No se atrevió a tocarlo. La única palabra que le escuchó decir, sin entenderla, fue “La iglesia”. Dudó en salir de prisa y acudir a la gerencia del hotel, finalmente decidió usar el teléfono para llamar a la recepción y dar el aviso de alarma. Al pasar los minutos llegó el jefe de Seguridad, acompañado de dos subalternos, instruyeron a la mucama a que

desalojara el sitio, revisaron rápidamente el lugar, constataron que la persona que estaba en el suelo no presentaba signos de vida y concluyeron en lo que era evidente: se trataba de un crimen, razón por la cual debían llamar de inmediato a las autoridades.

Al salir del hotel, Alexia se encaminó hacia el bulevar Montparnasse, su propósito era llegar al Barrio Latino, zona de gratos recuerdos de su juventud. Aunque ya había comenzado el invierno, la temperatura era bastante agradable como para andar en las calles. Disfrutaba viendo las vitrinas de las tiendas, los cafés y restaurantes, la diversidad de los transeúntes, la fachada de la Universidad La Sorbona, donde pretendió estudiar en aquel entonces, pero no fue posible porque no había la especialidad que buscaba.

Después de pasear un buen rato por las calles y recovecos, Alexia se detuvo a tomar un té en las mesas de la acera del Café D'Auteur, ubicado en la Hironnelle, nombre de calle que le hizo rememorar el famoso poema de Bécquer: “Volverán las oscuras golondrinas / en tu balcón sus nidos a colgar, / y otra vez con el ala a sus cristales / jugando llamarán”, pajaritos que siempre le gustaron, y de allí la razón por la cual no olvidaba esa frase del poema. Cuando sorbía lentamente su caliente infusión, vio a lo lejos la figura fugaz de un hombre que le recordó a alguien conocido, arrugó su frente en señal de preocupación, luego, al disiparse la imagen, se dijo en voz tenue para calmarse: “No puede ser, no puede ser”. A partir de allí, llevó su pensamiento a la discusión que tuvo con Valmore. Ella no entendía por qué Valmore mostraba ahora cierta resistencia al cambio de vida que habían iniciado. Comprendía que para él no era fácil puesto que no hablaba el idioma, pero eso lo habían hablado infinidad de veces y concluían en que poco a poco lo aprendería y se adaptaría. Siempre en las conversaciones ella le explicaba lo maravilloso que sería vivir “en un país desarrollado, de mucho bienestar social, con oportunidades de trabajo y con un alto nivel cultural”. Recordaba

que él asumía la propuesta con cierto resquemor, pero que respondía con su estilo guachafitero: “Me volveré francés”, muestra de que no se opondría a la aventura. Ella sabía que en los últimos tiempos habían pasado por circunstancias delicadas, en ocasiones de temer, pero que lograron superar y que a juicio de ellos no les traería consecuencias ahora que estaban en Francia. Sostenía que habían dejado atrás el pasado para iniciar una nueva vida, llena de bienestar y sin preocupaciones materiales. Su sueño se estaba cumpliendo. Cuando estaba de lo más serena en estas divagaciones, un buen rato después recibió, inesperadamente, una llamada en su celular. La persona se identificó como empleado del hotel y le manifestó que era urgente que viniera a las instalaciones. Fue infructuoso su intento por lograr una explicación a esa solicitud. “No puedo adelantarle nada, venga de inmediato, por favor”, insistió el empleado.

La instrucción de comunicarse con Alexia fue impartida por Emmanuel Pissarro, jefe de Investigaciones Criminales de la Comisaría de París, quien se trasladó al hotel algo preocupado por las repercusiones mediáticas que podría tener el caso, en vista de que aparentemente los involucrados eran turistas. La preocupación se incrementó cuando en las pesquisas preliminares se determinó que la causa del asesinato no parecía ser un robo, puesto que no había señales de que hubiesen hurgado en los enseres y maletas de los propietarios, además de que en un bolso se encontraron cerca de nueve mil dólares, cifra bastante atractiva para un delincuente de baja ralea que está dispuesto a cometer este tipo de delito. Pissarro también ordenó que se trasladara al sitio el equipo de investigaciones científicas para la búsqueda de huellas dactilares y otros vestigios que permitiesen identificar al autor o autores del abominable crimen.

A la espera de obtener los indicios científicos sobre el caso, Pissarro inició el procedimiento establecido en las investigaciones policiales para sucesos similares. El jefe de Seguridad del hotel ya

le había proporcionado la identificación de los ocupantes de la habitación. La pareja era de nacionalidad venezolana, de acuerdo a los pasaportes que presentaron a su llegada. Pissarro asumió que el apellido de la mujer parecía ser más de origen francés que español. Se dispuso entonces a interrogar a quienes hubiesen tenido contacto directo con ellos. La mucama, aún impresionada por lo que había visto, narró con lujo de detalles sus movimientos. Respondió negativamente a la pregunta sobre si había escuchado algún ruido, algún grito, algún llamado de auxilio, cuando se encontraba arreglando la habitación de al lado.

—¿Usted lo encontró con vida?

—Sí.

—¿Por qué lo afirma?

—Dijo unas palabras, pero no habló en francés, no entendí que dijo.

—¿Acostumbra usted a llevar consigo un cuchillo? —indagó Pissarro en tono malicioso a la mucama, quien con cierto grado de astucia le respondió y lo dejó un tanto anonadado:

—Usted debería de saber que no tiene nada de extraño que en las habitaciones de los hoteles se encuentren utensilios para comer; nosotras los recogemos y los llevamos a la cocina. Por mi parte, no tengo ninguna necesidad de llevar encima un cuchillo.

Después de escuchar esa respuesta, el inspector decidió terminar el interrogatorio no porque desechará a la mucama como sospechosa —para él nadie dejaba de ser sospechoso hasta que no se demostrara lo contrario—, sino porque no encontró alguna señal o motivo para que ella cometiera el crimen. Su experiencia policial le indicaba que, en ocasiones, los empleados de hostelería aparecían involucrados en sucesos delictivos, pero generalmente eran las víctimas, en especial las mucamas, que eran agredidas sexualmente por parte de quienes se alojaban en esos albergues. En algunos casos, al defenderse,

las mucamas se convertían en victimarias al agredir o eliminar al agresor y en otros, no solo ocurría la agresión sexual, sino que también eran asesinadas. Pissarro meditaba sobre el particular cuando le vino a la memoria el famoso caso de un alto funcionario de un organismo internacional y político francés, quien fue acusado en Nueva York de violar a la aseo de su habitación. El involucrado se libró de la cárcel porque logró negociar con la víctima, a quien le pagó una elevada cifra de dólares para que retirara la acusación. El policía recordaba que el personaje aspiraba a llegar a la Presidencia de Francia, pero su carrera política se desplomó por este caso y por otras denuncias en su contra, que surgieron luego, sobre su comportamiento sexual en su propio país.

Pissarro acudió luego a la recepción del hotel a entrevistar al personal de turno. La joven que atendía en ese momento recordó que un sujeto había preguntado por la ubicación de la pareja alegando ser su amigo. Ella le informó que estaban alojados en la habitación 66 y que se comunicara a través del teléfono colocado a un costado para tal fin. A la pregunta sobre el idioma usado por el visitante, la recepcionista respondió que habló en francés y que no notó ningún acento en particular. Dijo que no detalló las características físicas de la persona porque todo ocurrió muy rápido y ella tuvo que atender a un grupo de clientes que estaban llegando para alojarse.

Los primeros pasos de la investigación no arrojaban resultados favorables. Sin embargo, el inspector cambió de ánimo al percatarse de que en dicha recepción había una cámara de seguridad que probablemente habría registrado la imagen del individuo. Su alegría se desvaneció cuando el jefe de Seguridad del hotel le explicó que ese día tenían problemas con el equipo electrónico y que probablemente no se habría captado ninguna imagen. Acudieron al recinto de Seguridad y allí el encargado corroboró lo dicho por su jefe. Durante aproximadamente dos horas, las cámaras no grabaron

debido a una falla técnica, ya resuelta, según le dijeron. De todas formas, Pissarro dio instrucciones para que la recepcionista acudiera a revisar las imágenes, a ver si lograba identificar al eventual implicado. Lo sucedido con las cámaras llevó a Pissarro a reflexionar sobre si fue algo planificado por quien cometió el crimen. En caso de ser así, pensó, podría tratarse de un profesional, de un sicario, como suelen denominar a los asesinos contratados.

Las malas noticias no acabarían. Pissarro recibió una llamada de su ayudante, quien se encontraba en la habitación del crimen con el equipo de investigación científica. Le informó que apareció la esposa de la víctima. “Lamentablemente, al llegar se desmayó y aún no se recupera. Ya viene una ambulancia de emergencia para trasladarla al hospital”, fueron las palabras inquietantes del sargento policial.

A Alexia le vino una angustia inusitada cuando recibió la llamada del empleado del hotel urgiéndole a que se apersonara. En un primer momento pensó en trasladarse en el metro parisino, idea de la que desistió por considerar que tardaría mucho en llegar. Logró tomar un taxi y solicitó al chofer que condujera lo más rápido posible. Este le respondió que estaban en una hora complicada de mucho tránsito. A medida que pasaba el tiempo los nervios de Alexia se incrementaron, comenzó a hablar sola en castellano, conducta que confundió más al taxista, quien se quedó callado. Ella sacó su celular de la cartera, escribió un mensaje por WhatsApp dirigido al de Valmore: “¿Sabes qué está pasando en el hotel?”. Esperó unos minutos y al no recibir respuesta, volvió a escribir: “¡Contesta, viejo!”, palabras usadas, como era su costumbre, para imprecarlo cuando estaba molesta. Enseguida decidió llamar, pero el teléfono daba la señal de que estaba apagado. Lo intentó varias veces más sin lograr la comunicación. Sentía que los nervios iban *in crescendo*, expresión de origen italiano que venía a su memoria en ese extraño momento, usadas por su madre cuando discutía con su padre. Su angustia se

aumentó cuando el taxi se aproximó al portal del hotel, hasta el punto de que abrió la puerta trasera sin que este se hubiese detenido del todo, causando molestia en el conductor, quien reclamó con voz áspera el pago del viaje.

Una vez resuelto el asunto con el taxista, Alexia se encaminó con paso acelerado por el *lobby* del hotel y se dirigió hacia los ascensores, sin hacerle caso a las señas y llamados que le hacía la recepcionista para que se acercara a donde ella. Al entrar en el ascensor apretó el botón del piso 6, que correspondía a la planta donde estaba su habitación; detrás de ella subió una mujer, quien se le quedó mirando con cara de sorpresa y un aire de inquietud. Esta persona quedó, en cierto modo, paralizada, hasta el punto de que no apretó el botón correspondiente a su piso. La situación que vivía Alexia no le permitió darse cuenta de la forma extraña en que esa persona la estaba mirando. Finalmente, al salir del ascensor, Alexia caminó aceleradamente por el pasillo que conduce hacia su habitación. Vio parados fuera de la habitación a policías uniformados, hombres con vestimenta típica de investigadores científicos y uno con traje y corbata. Al instante pensó en la gravedad de lo que habría ocurrido. A medida que se acercaba, las personas que estaban allí se dieron cuenta de que Alexia sangraba por la nariz. Intentó entrar a la habitación, pero el hombre que vestía de civil, el sargento, quien era la mano derecha del inspector Pissarro, se lo impidió indicándole que allí adentro había un cadáver. Alexia, temiendo lo peor, se derrumbó, perdió el conocimiento.

II

Monay

Estando pequeño, a Valmore se le hizo complicado entender por qué si su pueblo se encuentra en los Andes, ellos están establecidos en una llanura y no en las montañas, “como debería ser”, se decía a sí mismo. Eso le causaba molestia cuando en la escuela la maestra tocaba los temas de la importancia de reconocer los orígenes de las personas, la importancia de identificarse con su natalicio y la importancia de apoyar la mejoría de la vida en el poblado. Al pasar el tiempo, cuando se acercó a la adolescencia, pudo comprobar que las montañas no estaban lejos, es más, junto a algunos compañeritos de clase se dieron una escapada y subieron a una de ellas, para desde allí apreciar la magnitud de su pueblo. En esa oportunidad, comentó con sus amigos: “Si esto es tan grande, ¿por qué no lo llaman ciudad?”. La visión que tuvo en ese momento de la cercanía de su pueblo con las montañas, aun estando en la llanura, sembró en Valmore una particular identificación de su origen: “Somos andinos, pero también llaneros”, comenzó a exclamar con orgullo, cada vez que surgía el tema.

La leyenda pueblerina afirma que Monay fue fundada por un reverendo de origen francés que acompañaba a las tropas invasoras españolas. Los aborígenes del territorio, pacíficos y amigables, los habrían recibido con beneplácito. El mencionado reverendo, olvidando las normas de la Iglesia cristiana, habría pringado a una de las indígenas y decidió quedarse en la zona. Resulta que el cura,

originario del pueblo francés llamado Monay, ubicado en el actual departamento de Jura, cuando fue increpado por los indígenas por el abuso cometido contra la joven se limitó a repetir una y otra vez el nombre de su pueblo como si se tratase de pedir perdón. La leyenda no confirma si el eclesiástico fue perdonado o condenado, solo se sabe que la palabra Monay se hizo de uso corriente y de allí, supuestamente, el origen del nombre del pueblo andino que perduró desde la época colonial hasta nuestros días.

En realidad, Monay, el pueblo natal de Valmore, por su dimensión y el tipo de vías se asemejaba más a una aldea. Por supuesto que esta idea no la admitía ninguno de sus pobladores, mucho menos Valmore, quien siempre decía: “Soy de la ciudad de Monay, estado Trujillo”. El pueblo no tenía edificaciones de grandes dimensiones; la plaza dedicada a Simón Bolívar, el Libertador, era pequeña y tenía un busto poco reluciente del héroe. Muchas calles no contaban con pavimento, eran de tierra. La mayor parte de las casas fueron construidas con paredes de bahareque, techos de caña y algunas de tejas cocidas. Para el gusto de algunos y el disgusto de otros, al pasar el tiempo, con la llegada a la zona cercana de una industria cementera, los habitantes comenzaron a edificar paredes de bloques y techos de platabanda, “dándole algo de modernidad y de embellecimiento” al poblado, de acuerdo a la narrativa que siempre utilizaba Valmore para describirlo. La cementera trajo consigo un impulso económico que permitió el crecimiento de Monay, nuevos empleos, nuevos habitantes, nuevas casas.

La casa de Valmore quedaba al final de una calle donde había un espacioso terreno, en el cual se disponían solares para edificaciones de viviendas. Su abuelo construyó allí la primera casa y su padre se fue posicionando —la gente del pueblo, decía: “Se fue apoderando”— poco a poco del resto del terreno, levantando primero una edificación para un *pool bar* —nunca tuvo licencia para bebidas

alcohólicas, pero igual las vendían, particularmente cerveza, la preferida de los asiduos jugadores— y luego pequeñas casas, cuando sus hijos e hijas hicieron crecer la familia al encontrar parejas y traer nuevos descendientes. En un terreno alledaño colocó cercados para criar animales, algunas vacas, cochinos y la burra.

Para Valmore ser el menor de la casa tenía ventajas, se sentía protegido por todos, atendido por todos, amado por todos, pero al pasar el tiempo, a medida que crecía, también veía desventajas: “No puedes hacer eso porque eres un niño; deja la lloradera; no puedes subir al árbol porque te puedes caer; la cerveza es para los grandes; no puedes andar de noche en la calle”. Esos llamados de atención de casi todos los miembros de la familia fueron poco a poco creando en él el deseo de independizarse. Su padre era el único que no lo protegía a esos niveles, al contrario, lo incitaba a tomar iniciativas siempre vinculadas al tema del trabajo, “A ganarse la arepa, hijo”, solía decirle cada vez que le encomendaba una tarea: “Busca los huevos de las gallinas”, “Lleva la burra al monte para que coma”, “Acércate a ver qué les pasa a las vacas, mugen mucho”. En una etapa de su vida, estas tareas Valmore las cumplía con agrado, sentía que aprendía algo, que servía a la familia, prefería hacer esas labores del campo que ir a la escuela. De hecho, no logró pasar de cuarto grado de la primaria. La maestra de la escuela informó a la madre que el niño tenía un comportamiento irregular, sumamente travieso, había que castigarlo con frecuencia por sus tremenduras y groserías. En el tiempo de escolaridad “aprendió a leer con dificultad y su escritura daba pena por los errores ortográficos”, le dijo la madre al padre que le había dicho la maestra. En la discusión que tuvieron los progenitores acerca del futuro del niño, si no continuaba en la escuela, el padre fue categórico en su sentencia: “Sus hermanos tampoco continuaron y allí están, tendrá que trabajar”. Luego agregó: “Me he fijado en que sabe sacar muy bien las cuentas,

veremos más adelante”. Efectivamente, a Valmore se le daba bien sumar, restar y multiplicar, no tanto así la división. Para su padre esa capacidad era importante para cualquier persona que quisiera entrar en los negocios y el comercio.

La gran ambición de Valmore era trabajar en el *pool bar*, debido a que las pocas veces que sus padres y hermanos lo dejaron entrar allí cuando estaba pequeño, se asombraba de las conversaciones que escuchaba de los señores —en esa época, para él todas las personas grandes eran señores— que acudían a entretenerse en uno de los pocos lugares que podían hacerlo en el pueblo. Allí se hablaba un poco de todo, pero lo que más le gustaba escuchar a Valmore eran los temas relacionados con la conquista de mujeres y con actividades delictivas. La palabra sexo la escuchó por primera vez en ese sitio, pero no entendió de qué se trataba; solo supo que tenía que ver con las mujeres a quienes había que “llevarlas a la cama”, idea un poco extraña para él, porque pensaba que a la cama se va es a dormir. Oyó que a las mujeres se las convence con palabras bonitas: “Tus ojos son luceros”; “Tus labios aparecen en mis sueños”; “Tu cabello es suave como la seda”; “Cada vez que sonrías me late el corazón”; “¿Sí me escuchas?, ¿estas oyendo la música?”. Otros hablaban de ser más directo: “Yo sé que vos querés estar conmigo”; “Cuando te dé el primer beso, vas a pedir más”; “Nosotros unidos disfrutaremos y gozaremos”; “Cada caricia que te dé te va a llevar al cielo”. De niño y en la adolescencia memorizó mucho esas y otras palabras, y después las puso en práctica en su conducta seductora, a lo largo de su vida.

El tema de la delincuencia era el otro que más le fascinaba. Los jugadores de billar, con frecuencia, sacaban a relucir fechorías de todo tipo, episodios de robos, atracos, fraudes, asesinatos ocurridos en la región, escuchados en los noticieros radiales, vistos por algunos, relatados por otros y protagonizados supuestamente, en ocasiones, por quien lo contaba. Hablar de pistolas, fusiles y cuchillos formaba

parte de la cotidianidad. “Conmigo nadie se atreve”, decía uno que simulaba tener algo escondido en la cintura detrás de la chaqueta. Otro afirmaba: “Yo siempre traigo mi herramienta” y se metía la mano en el bolsillo del pantalón sin mostrar nada. En ocasiones, no con mucha frecuencia, se desataban trifulcas entre ellos causadas por las acusaciones recíprocas de cometer trampas. Por suerte, o simplemente porque la verdad salía a relucir, en esos enfrentamientos no aparecían las supuestas armas que algunos se jactaban de tener.

A veces aparecía en el local algún desconocido que infundía en los asiduos jugadores temores y desconfianza, entonces evitaban enfrentarse en el juego al recién llegado por desconocer sus habilidades para el billar y en precaución a cualquier reacción violenta que pudiese tener en caso de ser derrotado. A veces había alguno que asumía el reto del desconocido para no sentirse avergonzado frente a sus panas. Si lograba ganar obtenía no solo la ganancia de la apuesta, sino también el reconocimiento de los demás. Si perdía, podía al menos mostrarse orgulloso ante sus vecinos de no ser temeroso. En sus recuerdos, Valmore retenía la ocasión en que llegaron varios individuos al local con cara de pocos amigos. Su padre, cuya experiencia de vida le había dado lecciones de cómo actuar para evitar confrontaciones, dio instrucciones para que no se le cobrara el costo del billar a ese grupo, pero, al mismo tiempo, le dijo a uno de sus hijos mayores que buscara a su amigo el jefe policial del pueblo. Cuando el policía llegó la tranquilidad se hizo dueña del lugar, debido a que el agente conocía quiénes eran esos individuos; resultó ser que estos eran funcionarios de otro cuerpo policial que andaban en la pesquisa de unos delincuentes que estaban huyendo. Para recuperar los ánimos, su padre encendió la rockola y se armó la fiesta; varios hombres se pusieron a bailar sin acompañante, porque las mujeres en ese entonces no concurrían al lugar, salvo las hijas del propietario que, en ocasiones, asistían a atender a los clientes

desde la barra, cuando sus hermanos o padres tenían compromisos que impedían su presencia.

El cuento de suceso violento, escuchado en el *pool bar*, que más impactó a Valmore en esos años fue el de La Arboleda. Este era el nombre de la hacienda donde habría ocurrido un asesinato cruel, tenebroso, sin precedentes en la zona, condenado por algunos y justificado por otros. En realidad, nunca se supo a ciencia cierta si los hechos habían ocurrido o se trataba de una leyenda, de una historia inventada por algún imaginativo pueblerino. Se decía que el dueño de la hacienda había desaparecido sin dejar rastros. Se aseguraba, en la narrativa de los hechos, que ese hombre mantenía una relación sexual violenta con una empleada de los quehaceres de la casa. Incluso, se decía que producto de esa relación había nacido un niño, quien a lo largo de los años había sido testigo de las continuas violaciones y maltratos sufridos por su madre a manos del hacendado. Una vez que el crío pasó a la juventud, habría decidido tomar venganza: mató a su progenitor, sin saber que lo era, descuartizó su cuerpo con la sierra utilizada para cortar leña, lanzó los pedazos en el corral de los cochinos para alimentarlos y enterró la cabeza a orillas del riachuelo que atravesaba la hacienda. El relato siempre concluía con la frase que pretendía ser chistosa: “Todos en Monay nos comimos un pedazo del marrano hacendado”. Mucho tiempo después, cuando Valmore ya pasaba de los cuarenta años de edad, le vino a la memoria la leyenda de La Arboleda, porque en los medios de comunicación social se difundió el caso de un dirigente político desaparecido, y que según las investigaciones policiales se habría determinado que fue asesinado, su cuerpo descuartizado y lanzado a un corral de puercos, todo planificado por su pareja matrimonial. En aquel entonces él aprovechó esa incidencia para comentar a un conocido: “Mirá vos, eso ya lo vivimos en Monay”.

En aquellos días de adolescencia, Valmore tuvo su primera experiencia sexual no con una muchacha, como se podría pensar, que casi terminó en tragedia. Tres de sus amigos más cercanos sabían que él tenía la obligación de cuidar y alimentar al animal. Un día le dijeron: “Vamos a montar a la burra”. Él, por supuesto, interpretó que le pedían salir a pasear con Clotilde (así llamaban a la bestia). Cuando llegaron al sitio, el mayor de los muchachos tuvo la precaución de amarrar fuertemente en un palo de la cerca las riendas de la conducción de la burra. Habían llevado consigo una caja de madera, objeto que llamó la atención de Valmore, quien preguntó para qué lo traían. Sus compinches se sonreían debido a la ingenuidad del cuidador de Clotilde. La sorpresa se hizo más intensa cuando vio que colocaron la caja en la parte trasera del animal, cerca de sus patas. Su asombro se agigantó cuando el amigo que dirigía la operación se sacó el pantalón, se montó en la caja, metió su pipí dentro de la vagina de la burra y procedió a moverse con rapidez hasta emitir un grito de satisfacción. Inmediatamente, el segundo de los muchachos repitió la operación. Luego le dijeron a Valmore: “Te toca”. Lo más cercano que él había tenido a una erección fue cuando puso en práctica en su casa lo que había escuchado en el billar: “hacerse la paja”. Se montó en la caja e intentó imitar a sus amigos. Resulta que Clotilde ya estaba malhumorada cuando sintió la cercanía de Valmore, rebuznó y tiró una patada que hizo volar a su cuidador hacia atrás y al caer se dobló el tobillo. El alarido de Valmore no fue de placer sino de mucho dolor. Sus amigos lo llevaron cargado a su casa y de allí, su padre, al médico. Este le diagnosticó esguince de tobillo, le mandó un tratamiento de pastillas desinflamatorias, colocación de hielo en el lado afectado y reposo.

Al día siguiente del incidente, Valmore, atribulado aún por el dolor en el pie y preocupado por las posibles consecuencias de su conducta, recibió de su padre el regaño más agrio de su vida del

cual tendría memoria. “¡Oye bien, carajito! Te pasaste de maraca. Clotilde te ha podido meter su patada en el pájaro y ya no serías más hombre. Ni de vaina volvés a acercarte a ella. Ya veré quién se ocupará. Cuidado con cometer otra joda porque te arrepentirás toda tu vida”. El padre estaba molesto por lo ocurrido y porque hubiese podido acarrear consecuencias mayores, tanto para los vivarachos muchachos como para la burra, pero en el fondo estaba algo contento, aunque no lo manifestara, porque, adaptándose a las creencias pueblerinas, apreciaba que la virilidad de su hijo menor se hubiese manifestado.

Pasados los días, Valmore, ya recuperado, decidió abordar a su padre para tratar de conversar acerca de qué se ocuparía él de ahora en adelante. Utilizó la táctica del perdón, de pedir disculpas, de mostrar arrepentimiento por su conducta, camino que pensaba le permitiría lograr su verdadero objetivo, que no era otro que su padre lo dejara trabajar en el *pool bar*. Desde hacía un tiempo, Valmore se sentía atraído por las actividades del billar, particularmente le fascinaba las apuestas que hacían los jugadores no solo por la diversión que ello implicaba, sino también por la fascinación de conseguir dinero. Impactó a su padre con la frase: “allí se mueve la platica”, otra demostración, a juicio del progenitor, de que el chico pareciera entrar en una etapa de madurez. Para la buena suerte de Valmore, su padre ya venía barajando esa idea; pensaba que había que ocuparlo en algo, puesto que ya no asistía a la escuela, ni lo dejaría más atender a los animales, y le preocupaba que anduviera por allí vagueando y relacionándose con “malas juntas”. La petición de Valmore coincidió con el hecho de que el hermano que ayudaba en la atención del billar había conseguido ser contratado por la empresa Cemento Andino, fuente de trabajo para muchos habitantes del pueblo.

—¡Escucha bien, carajito! —habló el padre en tono subido, para luego aprobar la petición de su hijo—. Vas a ocuparte de la limpieza

de las mesas, de la colocación de los tacos en sus estantes, de las bolas, de las tizas de los tacos, de recoger las botellas de cerveza vacías y de acomodar las sillas. Bola que se pierda, se descontará de tu paga. Cuidadito con ponerte a discutir con los clientes. Te estaré vigilando, así que a trabajar. Cualquier cosa que te preocupe me lo dices a mí o a tu madre. ¿Comprendió usted?

Valmore no podía estar más contento al escuchar las palabras de su padre —lo abrazó en muestra de agradecimiento—, aunque en realidad lo que más le gustó fue oír que recibiría un dinerito por su trabajo. Cuando él se ocupaba de los animales, su padre a veces le daba algo de plata para que gastara en chucherías, pero nunca era mucho y tampoco permanente como creía que iba a ser ahora.

Las tareas del billar las asumió con mucho entusiasmo y entrega. Attendía a los clientes con esmero, simpatía y educación. Esa conducta se incrementó cuando comenzó a recibir propinas de los asistentes al lugar. “La platica”, como le gustaba hablar del dinero, empezó a caer con frecuencia, particularmente de aquellos jugadores que ganaban las apuestas. El tema de las apuestas se convirtió en su preferido en las conversaciones con sus amigos en los ratos libres. Les contaba acerca de la picardía de algunos de los jugadores cuando se enfrentaban a un desconocido: simulaban no tener destreza en la primera partida para después subir las apuestas y lograr ganancias superiores. Los montos de los desafíos del juego eran, en ocasiones, espectaculares para Valmore, tanto que comenzó a soñar con participar. La motivación de apostar lo llevó a la decisión de ahorrar el poco dinero que recibía como pago por su trabajo y las propinas otorgadas por algunos jugadores. Su presencia constante en el billar le permitió identificar a los mejores jugadores y saber cuáles perdían con frecuencia. Poco a poco fue distinguiendo a aquellos por los que debía apostar. No le fue fácil iniciarse en las apuestas, los jugadores lo rechazaban por ser menor de edad y para evitarse

conflictos con sus padres y hermanos. “No, chamo, esto no es para ti”, “Vos estás equivocado”, le replicaban cuando él se ofrecía para apostar. Las cosas cambiaron cuando Pichincha, seudónimo de uno de los jugadores más emblemáticos del billar, dijo en voz baja: “Sí va, él pagará parte de mi deuda si pierdo y se llevará su tajada si gano”. Al contrincante no le quedó otra que aceptar. A partir de ese día, Valmore se convirtió en un apostador empedernido. A veces perdía, pero la mayor parte de las veces ganaba, lo que le permitió ir haciendo una pequeña “fortuna”.

Con el paso del tiempo, a su padre le fueron llegando los chismes de los corrillos en el billar. Se decía que el chiquillo sabía mucho del juego, “porque siempre ganaba las apuestas”, que estaba “haciendo un dineral”, que “pronto sería el dueño del lugar”. Su padre no se lo tomó a mal, al contrario, tenía cierto sentimiento de orgullo al saber que su hijo era avisado, que cumplía con su trabajo al mismo tiempo que le sacaba provecho económico y se relacionaba positivamente con la clientela. Esa imagen se le vino al piso un día, cuando apareció en el billar un sujeto desconocido por todos los pueblerinos allí presentes. Este comenzó a jugar apostando y perdiendo cifras moderadas. Pichincha, quien venía observando detenidamente al individuo, vio una buena oportunidad para sacar provecho del juego, retó al recién llegado y subió la apuesta. Valmore se asoció con su paisano y ganaron. Luego, el extraño elevó la apuesta a un monto jamás visto en el *pool bar*, desbordaba, prácticamente, la sumatoria de las cifras más elevadas que allí se habían escuchado alguna vez. La tendencia ludópata de Pichincha lo llevó a aceptar la apuesta, aunque no contara con esa cantidad de dinero. Valmore, a sabiendas de que él tampoco se acercaba ni por asomo a la cifra, se confió en la determinación de su jugador predilecto y se arrimó a la apuesta. El padre de Valmore llegó al local minutos después de haber comenzado el juego, se colocó detrás de la barra para desde allí ver lo

que sucedía. No pudo disimular su cara de asombro y el temblor nervioso de sus manos cuando se enteró de la cifra que estaba en riesgo. Lo que estaba sucediendo en la mesa era algo nunca visto por ninguno de los clientes del billar. La técnica de juego de aquel sujeto deslumbró a todos, la forma de agarre del taco, la medición que hacía antes de tocar cada bola y el golpe asertivo que daba para que cayeran en el hoyo. Valmore no podía creer lo que estaba viendo, ni siquiera tuvo tiempo de pensar en las consecuencias de lo que le podría venir. Pichincha no tuvo ni una sola oportunidad de intentar tomar el control. Su contrincante se adueñó de la jugada de forma indetenible, envió sin parar las bolas a los hoyos y sin cometer ningún error que permitiera la entrada de su oponente. Al descender la última bola en el hoyo, esta se escuchó como si fuera un estruendo, debido al silencio que reinaba en el lugar. “Ponga la lana en la mesa”, dijo el ganador utilizando una palabra aprendida de las películas mexicanas, “y luego, si quiere, le doy la revancha”. Pichincha, atónito, volteó su mirada hacia Valmore y este, a su vez, la volteó hacia su padre, quien furioso como estaba le hizo señas al desconocido para que se acercara, lo llevó al cuartico que funcionaba como oficina, extrajo de una gaveta el dinero y se lo entregó, al tiempo que pronunció estas palabras: “Le pido, por favor, que se retire del billar y no vuelva más”. Aquel sujeto sonrió, se encaminó hacia la puerta y desde allí les dijo en voz alta a todos los presentes en tono burlón: “¿Se creyeron que se las estaban comiendo? ¡Aprendan!”. Quien aprendió con amargura la lección fue Valmore. Su padre le exigió que le entregara todo lo que tuviese ahorrado y lo dejó durante tres meses sin darle un céntimo de pago por su trabajo. A Pichincha no le quedó de otra que endeudarse con el patrón del billar, quien era conocido en el pueblo por ser prestamista y aplicar altas tasas de interés a los montos que entregaba. Sufrió su mayor pérdida en

el juego del cual se creía invencible. A partir de entonces dejó de ser reconocido como el campeón del billar.

Valmore siguió laborando en el *pool bar*, pero ya no con el mismo entusiasmo de su comienzo. La desidia se apoderó de su proceder. Descuidaba la limpieza de los instrumentos de juego, las bolas comenzaron a perderse, no atendía a la clientela con la misma simpatía que lo caracterizaba, no cumplía con la hora de apertura. Su llegada a los años de juventud despertó en él el deseo de trabajar en otra cosa, sin saber qué podía hacer, dado que no había aprendido ningún otro oficio. Su padre, quien lo vigilaba constantemente, percibió con preocupación el cambio de conducta del joven, al tiempo que sabía que no era fácil conseguirle un empleo, debido no solo a que aún no había llegado a la adultez, a los dieciocho años de vida, aunque le faltaba poco para ello, sino también al hecho de que no tenía ninguna formación.

Entre las amistades de Valmore de los que concurrían al billar, se encontraba un joven conocido en los alrededores de la zona con el apodo de Pirulo. Ostentaba una moto que llamaba la atención de quienes lo conocían; se preguntaban de dónde la habrá sacado, interrogante que surgía porque sabían que sus padres no tenían recursos para comprarle ese vehículo y que él no trabajaba en ninguna parte. Cuando alguno se atrevía a indagar sobre cómo había hecho para adquirirla, Pirulo solo respondía: “Chambeando, date vos”. Un día Valmore le confesó a Pirulo que ya no se sentía bien trabajando en el billar, que se cansó del juego y de las apuestas —no reveló que ya no le iba muy bien con estas—, que se aburría, que su papá no le daba casi nada, que no tenía dinero para divertirse y comprar las cosas que le gustaban. En esa ocasión, Pirulo oyó a Valmore algo sorprendido, puesto que la percepción que tenía de su amigo era de que pertenecía a una familia acomodada, sin dificultades económicas, imagen que muchos en el pueblo compartían. La revelación de

Valmore llevó a Pirulo a la meditación de si debía o podía proponerle entrar en el “negocio” en el que él estaba. Concluyó en que esa era una decisión riesgosa que no podía tomar sin consultarla con los “socios”, como acostumbraba llamar a los que lo incluyeron en el “negocio”. En realidad, Pirulo era apenas un peón de quienes manejaban el “negocio”, importante sí, pero que podía ser sustituido en cualquier momento. De todas formas, él decidió hacer la consulta alegando que la parte que le correspondía ejecutar requería de ayuda y, además, que ello podría aumentar la ganancia. Este último alegato fue el que convenció a sus “socios” ambiciosos sin freno.

Pirulo volvió a hablar con Valmore en un día especial para este: el día de su cumpleaños. Lo primero que le dijo fue que le tenía una propuesta de trabajo, pero que no se la diría hasta que no le “jurara en nombre de todos los santos”, aceptara o no el trabajo, que no revelaría a nadie lo hablado. Valmore se persignó, luego levantó la palma de su mano y dijo: “Lo juro por mi madrecita querida”. Estuvieron un buen rato conversando. El punto más álgido de la conversa tuvo que ver con la capacidad de Valmore de manejar una moto. Uno de sus hermanos le había enseñado lo elemental: los cambios de velocidades, la aceleración para traspasar vehículos, la inclinación adecuada en las curvas, pero la verdad es que no era muy diestro en hacerlo, puesto que no poseía una que le permitiera practicar con regularidad. Sin embargo, entusiasmado como estaba ese día no solamente porque celebraba su aniversario, sino porque también la propuesta la asumió como una aventura emocionante, le aseguró a Pirulo que le demostraría sus habilidades para hacerlo cuando se lo dispusiera. Ese mismo día, Pirulo le prestó la suya —cosa que no hacía con nadie— para que diera una vuelta y ver si lo convencía. Así fue, Valmore arrancó, se dio un paseo por las calles adyacentes y de regreso se atrevió a hacer una pirueta que asustó y convenció, al mismo tiempo, a Pirulo de que su amigo podría hacer el trabajo.

Llegado el día —o mejor dicho, llegada la medianoche del día seleccionado—, Pirulo y Valmore se encontraban en un punto de la carretera de tierra, en lo alto de la montaña, montados en motos —los “socios” facilitaron la que usaría el recién llegado—, desde donde podían ver las instalaciones de la cementera. Junto a ellos se encontraba también uno de los “socios” del “negocio” con una camioneta Pick Up. Los tres estaban a la espera de la señal de la luz de la linterna que les sería enviada desde abajo. El tiempo transcurría sin que apareciese la señal. La inquietud se apoderaba del novato Valmore, quien no podía disimular el ataque de nervios que tenía. Pirulo intentaba tranquilizarlo diciéndole: “Ya viene”. De repente apareció la luz. Encendieron las motos. “Sígueme”, dijo Pirulo. Bajaron por una trocha hasta un punto en donde los esperaban otros dos “socios” y un lote de sacos de cemento. Inmediatamente, le colocaron a cada uno un saco en la parte trasera de la moto. Valmore se dio cuenta de que la de subida no fue nada fácil, en comparación a la acción de bajar por la trocha. Al llegar arriba, el “socio” montó los sacos en la camioneta y ellos tenían que reiniciar la operación. Cuando iban de subida por quinta vez, casi llegando al punto de encuentro, la moto de Valmore se apagó repentinamente, él perdió el control, el peso del saco hizo que se inclinara hacia el barranco, cayó estrepitosamente, rodó junto a la moto hasta parar con un golpe de su pierna derecha contra una gran piedra. El alarido de Valmore alertó a Pirulo y al “socio”, quienes se precipitaron a rescatarlo, lo levantaron y llevaron hasta el vehículo. Tuvieron que dejar la moto en el lugar del accidente.

Valmore fue llevado al único centro de salud de Monay. El médico que estaba de guardia, luego de examinarlo, diagnosticó fractura de huesos y dijo que era urgente llevarlo a la ciudad de Valera “donde seguramente tendrán que operarlo”. Uno de los “socios” se dispuso a llevarlo, puesto que en el pueblo no había ambulancia

que lo trasladara, mientras que a Pirulo le tocó la dura tarea, así la calificó, de notificar a los padres de Valmore acerca del accidente. Previamente acordaron entre ellos que dirían que el accidente ocurrió cuando los dos iban montados en la misma moto, esta patinó, se cayeron bruscamente y, “lamentablemente, Valmore se dio un coñazo muy fuerte”. La madre estalló en llanto. El padre, desconfiado como siempre, solo dijo: “Y a vos no te pasó nada, qué suerte, vale”.

Valmore fue operado de emergencia en el Hospital de Valera; tuvieron que incrustarle metal de titanio en la tibia y el peroné, puesto que los huesos sufrieron una fuerte fractura. Pasados los efectos de la anestesia, despertó en la habitación donde pasaría unos cuantos días bajo observación de médicos y enfermeras. Al ver a sus padres sentados allí, se dio cuenta de que aquello que él había considerado una aventura en su vida se convertiría en una amargura, la cual subiría de tono cuando se percató de que tenía toda la pierna enyesada, y todo ello sin saber aún que los médicos habían diagnosticado que sufriría de cojera el resto de su vida.

En la casa de Monay tuvieron que hacer varias modificaciones para adaptarla a la condición en que se encontraba Valmore, entre ellas mover y sacar muebles que dejaran espacio para permitir la movilidad de la silla de ruedas en la que sería trasladado durante varios meses, hasta que pudiera caminar por sus propios medios. A dicha silla, un vecino le hizo una modificación colocándole una extensión del lado derecho para poder poner encima la totalidad de la pierna enyesada. Entre la madre y el padre se produjeron no pocas discusiones a lo largo de la convalecencia del hijo. La madre se empeñaba en consentirlo alegando que “ayudará a la recuperación”. El padre seguía molesto por lo que había ocurrido, ya que sospechaba que no le habían contado la verdad, así que no se inclinaba a tratarlo con benevolencia y mucho menos satisfacer sus antojos.

La molestia del padre se volvió rabia un día que lo llamó su amigo, el jefe policial del pueblo, para indicarle que estaba abierta una investigación acerca de un robo en la empresa cementera y que quería hablar personalmente con él para contarle lo sucedido. El padre le pidió que se encontraran en el billar para así, sin decírselo al policía, no levantar ninguna alarma en la casa. Ya instalados en el cuartico de oficina del *pool bar*, el policía le relató que varios empleados de la cementera encontraron una moto tirada en el terreno de la empresa y que desde hace un tiempo se sospechaba de que se estaban produciendo robos de mercancía. Adicional a esto, su amigo le dijo que desde el comando policial de Valera le pidieron que investigara el caso de un joven llamado Valmore Araujo, quien fue operado en el hospital de la ciudad debido a una lesión ocasionada por un accidente de tránsito en moto. A medida que escuchaba el relato del policía, el padre afianzaba su sospecha de que lo contado por su hijo y Pirulo sobre lo sucedido no era cierto. A pesar de tener esa sospecha, se dispuso a mantener una posición de protección de su hijo. “No lo voy a lanzar al barranco”, dijo para sí. En su respuesta al policía ratificó lo del accidente sufrido por su hijo y lo de la operación, pero insistió en la versión dada por ellos acerca de lo ocurrido. Incluso, para fortalecer esa versión le dijo a su amigo que en la investigación debían determinar quién es el propietario de la moto encontrada y agregó: “A Valmore nunca le he comprado una moto y que yo sepa él nunca ha tenido suficiente platica para darse ese gusto”. Al policía le vino bien la argumentación dada por su amigo el dueño del billar, más allá de si estuviese su hijo involucrado o no, porque así la investigación debía encaminarse, en todo caso, hacia el propietario de la moto encontrada. Al momento de la despedida, el padre acotó: “Acuérdate, como siempre, que si vos me ayudas, yo te ayudo”.

Ese día, Valmore recibió el regaño más duro y extendido de su corta vida. Por la gravedad de la herida sufrida, sus consecuencias y el largo período de convalecencia para su recuperación, el padre se había abstenido de increpar al joven sobre las sospechas que tenía acerca de lo sucedido. Después de su reunión con el policía, no le quedaban dudas de que él y Pirulo le habían mentido. Desató su furia contra Valmore con toda clase de insultos, groserías e improprios. “¡Vos me ves cara de pendejo! En esta familia a los padres se les respeta y si no es así te largas de la casa”, con esta advertencia concluyó su larga intervención. Por supuesto que Valmore, temeroso, se encogió en la silla de ruedas escuchando a su padre decir toda clase de calificativos e insultos. Ni siquiera abrió la boca para objetar la argumentación de su progenitor o para pedir disculpas. Una de las partes que más le llamó la atención fue cuando su padre le dijo: “Eres una sanguijuela”, palabra que le sonó fuerte y que había oído alguna vez, pero que desconocía su significado.

Pasados los días, Valmore aprovechó una conversación con su mamá para preguntarle sobre si ella sabía qué era una sanguijuela. “Bueno, mijito —respondió la madre—, ese es un gusano chupa sangre. Aquí en el pueblo le decimos sanguijuela a los que quieren vivir de los demás”. Esta definición del término no le gustó para nada a Valmore. De todos los insultos de su padre, este lo consideró el más denigrante y preocupante. “Llamarme así a mí, que desde carajito estoy trabajando, primero con los animales y después en el billar, y ayudando en cualquier cosa que se me pide; no puede ser”. Esta reflexión dio inicio al resentimiento hacia su padre. A partir de ese momento concibió la idea de independizarse, aunque no tenía nada claro de cómo podría hacerlo. En conversación con un amigo que fue a verlo para saber cómo se encontraba, surgió el tema de “irse a la capital”. “Cómo así, ¿de Trujillo?”, preguntó Valmore. “No, gafo, a Caracas”, le ripostó el visitante. Esa posibilidad comenzó a

darle vueltas en la cabeza, siempre con la certeza de que no podría planificar nada hasta tanto no se recuperara de la lesión sufrida.

La situación de discapacidad en que se encontraba Valmore obligaba a la familia a tener que cuidarlo y atenderlo constantemente. La madre, por supuesto, era la más dedicada a cumplir ese rol. Sus hermanas también lo ayudaban, pero no con frecuencia porque emparejadas como vivían —una de ellas, incluso, ya con un hijo— tenían sus propias obligaciones en sus hogares, que limitaban mucho el tiempo que podían dedicarle al hermano. La madre, en ocasiones, tenía que ir a atender el billar, razón por la cual Valmore se quedaba solo en la casa. El drama mayor era cuando tenía necesidad de ir al baño, tarea desagradable para cualquiera que tuviera que ayudarlo. En algunas ocasiones en las que no tenía quien lo asistiera, el pantalón corto que usaba terminaba humedecido por los desechos incontenibles de la vejiga. Cuando esto ocurría, el primer familiar que llegaba a la casa tenía que soportar, además del desagradable olor, la furia de Valmore, quien, entre otras cosas gritaba: “¡Me dejáis solo, queréis que me pudra!”. La madre comenzó a buscar una solución al problema. Recordó que le habían contado que una de sus vecinas, recién llegada al pueblo, pasaba por serias dificultades económicas, razón por la cual, quizás, ofreciendo pagarle, se motivaría a aceptar cuidar a su hijo cuando no hubiese nadie de la familia que pudiera hacerlo. La vecina vivía con su marido, un obrero albañil que no siempre tenía trabajo, de allí que la precariedad de sus ingresos no les permitía tener una vida medianamente confortable. Ella se mostró abierta a la propuesta de la madre de Valmore, pero le surgieron dudas cuando oyó que una de las tareas principales era atenderlo al ir al baño. “No se trata de un niño sino de un joven —pensó la vecina—, será una situación jodida cuando tenga que ayudarlo en el baño”. Pese a esta reflexión, la vecina decidió aceptar la propuesta,

más por verse favorecida por el dinero que le pagarían que por el trabajo que tendría que realizar.

Valmore se enteró de quién sería su nueva acompañante, el día que su madre entró con la vecina a la casa; no le habían informado con antelación que tendría una cuidadora. Perplejo, no dijo ni una sola palabra cuando recibió la noticia, inicialmente puso cara de disgustado, actitud que no le agradó a su madre, quien se dedicó, con la intención de aliviar las tensiones, a resaltar la importancia de los deberes que tenía que cumplir la vecina. Mientras su madre hablaba, Valmore se dedicó a mirar detalladamente a la recién llegada. Le calculó que tendría una edad entre treinta y cinco y cuarenta años; en cuanto a su figura, pensó: “No está del todo mal, tiene un culo bonito, aunque la cara no la ayuda mucho”. Esperó a que ella hablara para poder juzgar “si tiene algo en el coco” y al escuchar su intervención llegó a la conclusión de que podría llegar a entenderse bien con ella, “porque se parece a cualquier mujer del pueblo”. Por suerte para la vecina, ese día, Valmore ya había ido al baño temprano a hacer su necesidad mayor y, posteriormente, hizo su necesidad menor, acompañado por uno de sus hermanos que apareció repentinamente en la casa. En el resto de las horas, la vecina le hizo el almuerzo, lo ayudó trayéndole alguna cosa que le pedía y así transcurrió el día, sin percance alguno ni nada de qué lamentarse ninguno de los dos. Al día siguiente le tocó a la vecina llevarlo al baño, bajarle el *short* y con mucho esfuerzo sentarlo en la poceta y dejarlo solo hasta que culminara. La desnudez de la parte íntima de Valmore hizo que en ambos se produjera cierto grado de rubor; en el caso del joven porque, aun cuando el día anterior había analizado a la cuidadora desde su lasciva virilidad, en realidad, este era su primer contacto cercano a la sexualidad, más allá del que había tenido con la burra que lo había pateado, y en el caso de la vecina, porque, hasta ese momento, su marido era el único hombre al que le

había visto la parte íntima de su cuerpo. El rubor desapareció rápido en los dos cuando la vecina tuvo que volver al baño para sacarlo de allí, soportar el mal olor reinante y limpiarle el trasero, situación nada agradable para ninguno. Episodios parecidos se repitieron a lo largo de más de una semana; se podría decir que comenzaron a acostumbrarse, aunque en realidad no fue así. La vecina iba encaminada a abandonar aquella labor y Valmore se dirigía por la ruta de acercarla a los placeres con los que soñaba.

“Le tengo una sorpresa, vecina”, dijo Valmore sonriente una mañana. “Ah, sí, ¿cuál será?”, respondió la vecina un tanto intrigada. “Primero, vayamos al baño”, apuntó Valmore dándole suspenso a su propuesta. La rutina de ir al baño no significaba nada interesante para la vecina, al contrario, sentía desagrado cuando ese momento llegaba. “Mire lo que le tengo aquí”, acotó Valmore cuando ella procedió a bajarle el pantaloncito, mostrándole la erección de su miembro sin ningún tapujo. Ella, sin quitarle la vista a la sorpresa, le expresó en tono alto: “Muchacho del coño, eres un abusador”, y salió del baño. “No me puedes dejar aquí así”, le gritó Valmore sin arrepentimiento alguno. Ella meditó unos minutos acerca de qué hacer ante esa situación. Largarse a su casa implicaría, probablemente, perder el trabajo; volver a dentro para hacerle alguna complacencia sería asumir que algo la tentaba; quedarse solo para cumplir su tarea de cuidadora dependía de que el joven dejara la actitud provocadora. Se arriesgó a esto último, entró al baño y enseguida percibió que la erección había desaparecido. Valmore le dijo que ya no haría ninguna necesidad, que solo requería que le subiera el pantalón y que lo colocara en la silla de ruedas.

En los días siguientes volvieron a la normalidad. Ella atendía las peticiones de Valmore sin que surgiera ninguna demanda especial y sin que hubiese alguna demostración de intentar ir más allá. Valmore empleó otra estrategia para tratar de conseguir su objetivo. Se hizo

el simpático, buscaba dialogar con ella, hacerle preguntas para conocer de su vida, contarle chistes, usar algunos de los piropos que había aprendido en el billar. Esta estrategia comenzó a rendir frutos, puesto que la vecina dio demostraciones de cariño; de vez en cuando le peinaba la cabellera y se la acariciaba, lo trataba con ternura y no se quejaba de algún malentendido que surgiera entre ambos. Una tarde, Valmore manifestó estar cansado y le pidió que por favor lo llevara al cuarto porque quería recostarse en la cama. Cumplido el procedimiento, Valmore tomó la mano de la vecina antes de que ella se despegara y la colocó en su entrepierna sin soltarla, con la otra mano le acarició suavemente el rostro. Ella se excitó al sentir la dureza de lo que estaba tocando, se quedó en esa pose cerca de un minuto y luego se desprendió sin ninguna brusquedad. Se limitó a decirle: “Descansa muchacho, tienes que recuperarte”. Valmore no se sintió frustrado, al contrario, pese a que no habían ido más allá del contacto, para él significó un avance extraordinario.

Unos días después, Valmore volvió con su estrategia del cansancio. Ella intuía lo que él se proponía hacer otra vez. En efecto, él le agarró la mano, pero esta vez la introdujo por debajo del pantalón corto hacia el miembro y, al instante, le acarició un seno. Ella emitió un leve quejido de excitación, apretó con fuerza lo que estaba tocando y comenzó a moverlo sin parar. Valmore empezó a sacudirse en la cama como si le estuviera dando una convulsión, pegó un alarido y solo se calmó cuando soltó lo que tenía adentro. Luego ella acercó su cara a la de él, le miró directamente a los ojos y le dijo: “Disfrutaste, ¿verdad?, pero a mí me dejaste sin nada”, y de inmediato se marchó. Esa frase: “a mí me dejaste sin nada” estuvo revoloteando en la cabeza de Valmore por varios días, no entendía qué quiso decir ella con eso; tampoco se lo preguntó porque temía que se desatara una pelea entre ellos. “¿Será que quiere platica por lo que hizo?”, se preguntaba Valmore con frecuencia, “aunque no

pareciera que estuviese arrecha”. Esto era lo único que se le ocurría como respuesta. Se dijo a sí mismo que la única forma de saberlo sería volviendo a intentar el episodio de placer. Esta vez fue ella quien tomó la iniciativa, lo llevó al cuarto, antes de subirlo a la cama le quitó el pantalón, pero no dejó que él le agarrara la mano para colocarla en su verga, le acarició el rostro, acercó sus labios a los suyos, comenzó a besarlo suavemente al principio, intensamente después, se montó encima, hizo que la penetrara, se movía como si estuviera cabalgando un caballo, relinchaba como una yegua, solo se detuvo cuando sintió que el joven disparó dentro de ella.

—Ahora sí te llevas algo —murmuró Valmore aliviado.

La escena se repitió por varios días. A Valmore, contento como nunca había estado, comenzó a intrigarle —sin que eso fuese un problema de envergadura— que ella no dijera nada al culminar cada acto y se fuera dejándolo solo en la habitación.

Ya se acercaba el momento en que a Valmore debían quitarle el yeso que le cubría la pierna, lo que le permitiría de nuevo caminar. La vecina, poco a poco, espació los eventos de lujuria compartidos, hasta llegar a un punto en que no lo repitió. Valmore, además del goce sexual, se apegó a ella sentimentalmente, deseaba ser tratado con cariño, la palabra amor se plantó en su pensamiento, provocándole ilusiones y, al mismo tiempo, desánimo, tristeza, por no sentirse correspondido, no entendía por qué si ambos habían disfrutado la relación, ahora ella se distanciaba sin ninguna explicación.

Una mañana, la vecina no volvió a la casa de los Araujo. Ese día, en horas de la tarde, ella esperó en casa con ansia y nerviosismo a su marido, quien regresaba de una faena en el campo. Al ingresar a su hogar él fue abordado de inmediato por ella. “Te tengo una sorpresa —le dijo sin mediar otra palabra—, estoy preñada”. Su rápida reacción fue motivo de júbilo para ella. “Lo logramos”, respondió él y la abrazo.

III

El interrogatorio

Alexia estaba sentada en un banco de la Plaza del Châtelet sin saber la razón por la cual se encontraba en esa zona de París. Veía la posibilidad de encaminarse hacia el este o el oeste, hacia el sur o el norte de la ciudad. Inició sus pasos hacia la calle Rivoli buscando ir al Centro Pompidou. Sin haber avanzado mucho sintió que alguien la seguía, al voltear a ver de quién se trataba, se dio cuenta de que, extrañamente, seguía sentada en el banco de la plaza. Decidió entonces ir hacia la caminería de la orilla del río Sena, pasando primero al lado de los *bouquinistes*¹, aceleró su andar con la finalidad de evitar que alguien la alcanzara, no obstante, en poco tiempo tuvo de nuevo la sensación de que alguien la perseguía y al mirar hacia atrás para saber quién era, nuevamente percibió que no se había movido del banco. Sintiéndose atrapada en aquel sitio, se acercó a la fuente de agua, en el medio de la plaza, donde se erige la columna en honor a las victorias de las fuerzas militares napoleónicas. En el momento en que detallaba esa estructura notó que le tocaban el hombro izquierdo, abrió los ojos, la figura de la columna se disipaba y apareció el rostro de una mujer con atuendo de enfermera. Se dio cuenta entonces de que había estado soñando, y preguntó en francés a la enfermera: “¿dónde estoy?”.

1 Término que hace referencia a los vendedores de libros usados y antiguos.

—Usted está en el Hospital de la Pitié-Salpêtrière, habitación 1452 —respondió la enfermera—. Fue trasladada aquí luego del colapso que sufrió en el hotel donde se hospeda. Notificaré al médico de guardia que usted ya recobró la conciencia.

Al salir de la habitación, la enfermera informó sobre lo acaecido al oficial policial de custodia de la paciente. Este se comunicó de inmediato con la Comisaría de París para transmitir la novedad.

Alexia, agobiada aún por los síntomas de malestar del desmayo, no terminaba de entender qué había pasado. Recordó las palabras que le dijo el policía que estaba en la puerta de su habitación del hotel: “No puede entrar, allí adentro hay un cadáver”, y pensó en Valmore: “Ese cadáver debe ser él, porque si no es así, él estaría aquí conmigo”. Las lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos, el llanto se volvió incontenible, los gritos de dolor se escucharon fuera de la habitación, lo que hizo que el médico entrara, y al no poder tranquilizarla, ordenó a la enfermera que le inyectara un fuerte calmante que la hizo dormir casi de inmediato.

Horas después, Alexia volvió a despertar más calmada, sintiéndose mejor de salud. De inmediato se dio cuenta que había dos personas sentadas en el recinto de la habitación, una de ellas se levantó, se acercó a la cama y le habló.

—Buenos días, señora, soy el inspector Emmanuel Pissarro, jefe de Investigaciones Criminales de la Comisaría de París, acompañado del sargento Charles Pulido. Lamentamos mucho su pérdida. Necesitamos hablar con usted, para indagar quién cometió el asesinato de su esposo y las causas que llevaron a ese crimen.

Cuando Alexia se disponía a responder, entró a la habitación el médico que la estaba atendiendo. Luego de las presentaciones de rigor, el médico insistió en que debían dejar descansar a la paciente, que ella estaba en proceso de recuperación y que pronto podría ser

dada de alta. El veterano Pissarro prefirió no polemizar con el doctor y le pidió que hablaran afuera de la habitación.

—Doctor —Pissarro acuñó el título del galeno con cierto desdén—, nosotros entendemos perfectamente su posición, pero queremos que usted entienda la nuestra, se trata de un crimen que debe ser resuelto y a medida que pasa el tiempo se disipan las evidencias y se facilitan las evasiones.

—Yo entiendo perfectamente su preocupación y su premura —esta última palabra dicha con cierto dejo de burla—, pero entienda usted que nuestra obligación es vigilar y asegurar la salud de los pacientes, cualesquiera que estos sean. Dicho esto, le insisto: la paciente está en franca recuperación y muy pronto será dada de alta.

Pissarro, aunque algo molesto por las respuestas dadas por el médico, decidió evadir la discusión sobre el tiempo y se centró en otro punto importante de la investigación.

—Hay algo relevante de lo ocurrido que usted puede ayudarnos a resolver —dijo el inspector en tono conciliador—. La paciente, momentos antes de sufrir el desmayo, sangraba por la nariz. De hecho, una de sus prendas de vestir ya está siendo analizada por la policía científica para determinar el origen de las manchas de sangre. ¿Puede usted darnos alguna explicación que nos ayude a saber la razón por la cual ella sangraba por la nariz?

—De acuerdo a nuestros análisis —apuntó el médico sin bajar su tono didáctico—, diagnosticamos que se debió a una afectación en las vías nasales ocasionada, probablemente, por la baja temperatura del invierno que estamos viviendo actualmente. Nunca se descarta alguna otra causa, pero en este caso estamos seguros de que se debió a lo que ya le dije.

Pissarro le dio las gracias al médico a modo de conclusión de la conversación. Aunque se había mostrado gestualmente satisfecho

con la explicación, de todas formas, instruyó al sargento que lo acompañaba a que investigara en internet acerca de esa afección.

En horas de la tarde, el policía custodio de Alexia llamó de nuevo a la comisaría para informar que la paciente sería dada de alta en una hora. Ante esta novedad, Pissarro ordenó que fuese trasladada de inmediato a las oficinas de criminalística para ser interrogada. Al llegar allí, la llevaron directamente al cuarto especial para interrogatorios, dotado de equipos de grabación y filmación, con ventana-espejo para quienes quieran observar desde afuera la actividad. Vino a su mente las series televisivas y películas de cine en las que repiten una y otra vez esos interrogatorios en habitaciones hostiles. Ella, conmovida por lo ocurrido, no entendía las razones por las cuales fue llevada al cuartel policial, se sentía víctima y no victimaria, agredida y no sospechosa.

Pissarro delegó en el sargento Pulido el interrogatorio. Este oficial aplicó el protocolo de rigor. Lo primero que hizo fue aclararle que ella estaba allí en condición de testigo y no de acusada. Luego le pidió que le ratificara las identidades indicadas en sus pasaportes: Alexia Josefina Beaumont González y Valmore Araujo Gómez, ambos venezolanos.

—Mi padre era de nacionalidad francesa, razón por la cual yo vine a tramitar la nacionalidad para mí —indicó con intención de ser tratada con tolerancia.

—Ustedes se registraron en el hotel en condición de matrimonio, ¿por qué no lleva el apellido de su esposo?

—Porque ya yo tenía mi pasaporte antes de casarnos y el de él lo tramitamos después.

—Cuando dice que usted iba a tramitar su nacionalidad francesa, ¿significa que vinieron con el propósito de vivir acá?

—Sí, queríamos iniciar una nueva vida en Francia.

—¿Tenían oferta de trabajo? ¿Cómo iban a subsistir acá?

—Mi marido es albañil, nos dijeron que conseguiría trabajo en ese oficio.

—¿Quién le dijo?

—Tengo una prima que vive acá.

—¿Nombre?

—Isabel Trudeau Beaumont. Además, yo tengo ciertos recursos producto de la herencia que me dejó mi padre —puntualizó Alexia.

—¿Dónde vivirían?

—Acá en París, mi prima me ofreció un apartamento que tiene desocupado.

—¿Tiene usted familiares en Venezuela?

—Sí, dos hermanos.

—Dígame los nombres.

—Jules y Didier Beaumont González.

—Hablemos ahora del momento en que ocurrió el asesinato de su esposo. ¿Por qué él no estaba con usted?

—Yo salí a pasear, a recorrer las calles.

—Insisto, ¿por qué él no estaba con usted?

—Él tiene una discapacidad física, cojea de una pierna, que le dificulta andar.

—Entonces él nunca salía, ¿se quedaba encerrado en la habitación?

—Claro que salía, muchas veces fuimos a pasear —respondió levantando la voz.

—¿Y por qué no salió ese día?

Alexia, dubitativa como se mostró en ese momento, temía que su respuesta fuese malinterpretada por el policía. Luego se decidió a responder:

—Tuvimos una discusión relacionada con nuestro plan de quedarnos acá en Francia. Algunas dificultades que comenzamos a evaluar, además del problema para él de no manejar el idioma,

surgieron como argumentos por su parte para echar para atrás y devolvernos a Venezuela.

Charles Pulido vio en este punto una rendija que se abría hacia la posibilidad de que la discusión entre la pareja desembocara en una pelea, cuyo desenlace podría haber culminado en la muerte del sujeto.

—¿Esa discusión fue más allá de las palabras? ¿Se volvió agresiva?

La pregunta disgustó a Alexia hasta tal punto que respondió con una pregunta:

—¿Qué está insinuando usted? ¿Acaso sospecha de mí? Mi marido y yo discutíamos sin pasarnos de la raya. Jamás, en las pocas veces que tuvimos alguna controversia, nos agredimos, ni siquiera verbalmente. Podíamos tener diferencias, pero nunca nos insultábamos.

—¿Su marido o usted —insistió el policía sin bajar la guardia— poseían una navaja de uso personal?

—Yo no, él tenía sus herramientas de trabajo, pero las dejamos en Caracas.

—¿Su esposo tenía enemigos en Caracas?

—No que yo sepa, nunca me dijo nada al respecto.

—¿Y usted tuvo algún conflicto que pudiese conducir a este desenlace lamentable?

—No, ninguno.

—¿No sospecha de nadie que pudiese cometer el crimen?

—No.

Pulido dio por concluido el interrogatorio, le dijo que sería llevada al hotel y le informó que el cadáver de su marido se encontraba en la morgue, donde sería sometido a la experticia forense.

—¿Y mi gata?! ¿Qué pasó con ella?

La pregunta sorprendió al policía, quien —como no tenía una respuesta asertiva que darle— especuló diciendo que estaba siendo cuidada por el personal del hotel.

IV

A la capital me voy

Valmore, una vez recuperado del accidente, cuando ya dejó de usar primero muletas y luego bastón para caminar, volvió de nuevo a meditar sobre la posibilidad de irse a Caracas. La vida en el pueblo se le estaba haciendo insostenible. Dos cosas le molestaban más que nada. La primera, la indiferencia total de la vecina, de quien había quedado prendado tanto por el disfrute sexual como por el enamoramiento, su primer amor. Intentó varias veces acercársele para provocar en ella de nuevo el deseo, pero siempre fue infructuoso, no lograba su objetivo y desconocía que ella sí había conseguido el suyo. No volvió a acecharla, porque la última vez que lo hizo ella lo abordó sin miramientos y le dijo que si seguía en eso le diría a su marido que él la estaba molestando, agregándole para causarle más temor: “Y pa’ que sepáis, carajito, mi marido cuando se arreacha es muy violento”.

La segunda cosa que más le desagradaba era el trato que en Monay le habían dado a su discapacidad causada por el accidente. Sus amigos —y en ocasiones otros habitantes del pueblo— se burlaban de su forma de caminar. “Allí viene el cojero”, “cojetea p’aca”, “llegó el punto y coma”, expresiones estas que formaban parte de la mofa que le endilgaban. Por supuesto que cuando más molestia demostraba por la burla más hincapié hacían en ella. Su condición de cojo lo atormentaba. Por mucho esfuerzo que hacía para sentirse normal, cada vez que el tema salía a relucir, estallaba

de rabia. Tanto así que un día, por descuido, al caminar se cayó e insultó a la persona que quiso ayudarlo a sobreponerse: “¡Pendejo! Déjame tranquilo, tú crees que yo soy un invalido”.

Un tiempo después, Valmore informó a sus padres que había tomado la decisión de irse a la capital. Para que no comenzaran con preguntas dirigidas a tratar de desanimarlo, les indicó que ya había conversado con su primo Ezequiel, quien lo recibiría en su casa en Petare y le había dicho que le conseguiría trabajo. Los viejos, como acostumbraban a llamarlos sus hermanos, se sorprendieron por la determinación del hijo, pero no le dieron muestra de objeción, se limitaron a decirle que se cuidara, que las grandes ciudades son muy peligrosas, hay mucha delincuencia y mucho engaño. La madre le rogó que antes de irse fuese a la iglesia del pueblo a rezarle al santo doctor José Gregorio Hernández para que lo proteja, petición que Valmore no cumplió, aunque le dijo a ella, el día de su despedida, que ya lo había hecho.

El largo recorrido en autobús desde su pueblo hasta Caracas significó para Valmore una despedida de los bosques, llanuras y montañas de su región para luego encontrarse con el enjambre de calles, anchas avenidas, autopistas, numerosos puentes, casas pequeñas y grandes —las llamadas quintas de los pudientes— y edificaciones de concreto de todos los tamaños. Su primera impresión fue de agrado al ver que viviría en una ciudad organizada, con mucha arboleda en las islas de las calles, con plazas en muchos sitios, con abundante tráfico vehicular, algo ruidoso para su gusto pero comprensible por la cantidad. Esa primera impresión de agrado se fue desvaneciendo una vez que su primo Ezequiel, quien lo fue a buscar en su moto a la Redoma de Petare, lo encaminó hacia el barrio El Carpintero. En el extenso, empinado y enrevesado trecho de ese barrio le vino la imagen de que volvía a su pueblo natal. No fue de su agrado ver casas sin revestimientos, con techos de zinc,

algunas con paredes de cartón. A medida que se adentraban en el lugar comenzó a percibir la otra realidad de vivir en la capital. Ese impacto se volvió más agudo cuando Ezequiel se detuvo en un pequeño terraplén donde había varias motos estacionadas. “¿Llegamos?”, preguntó Valmore al bajarse. “Bueno, sí y no”, respondió el primo, quien de inmediato lo condujo a pie por una callejuela, con tramos de escaleras, a veces estrechas, otras un poco más amplias, siempre con dificultades para andar, mucho más para Valmore con su cojera. Cuando finalmente llegaron a la casa, ya de noche, Valmore hizo una breve reflexión interior sobre si no había cometido un error al venirse a vivir a Caracas. Su pariente le dijo: “Llegamos al rancho”. Para Valmore la palabra rancho significaba una larga extensión de tierra con ganado, sembradío y casa confortable. Aquello donde entró era un espacio reducido, todo estaba en un solo ambiente: cocina, sala y comedor. Los únicos espacios independientes eran el minúsculo baño y el pequeño cuarto, en el cual dormían su primo con su mujer y el único hijo que tenían. “Cambia la cara”, le dijo Ezequiel a Valmore al verlo consternado. “Yo tengo un colchón —agregó— en el cual dormirás de maravilla”, y le señaló un rincón cerca de la única ventana. Valmore, resignado, solo dio las gracias.

Al pasar los días, fue adaptándose a la nueva realidad con la idea firme de que una vez que consiguiera trabajo se mudaría a un sitio más cómodo. La buena suerte empezó rápido. Ezequiel le consiguió empleo de mesero en un pequeño restaurante cerca de la Redoma de Petare. Aunque Valmore nunca había ejercido ese oficio, pudo hacerlo sin dificultades por su experiencia de atención a la clientela en el billar de sus padres en su pueblo natal. Y la buena suerte lo siguió acompañando. Un día, de regreso del trabajo, se topó en las escaleras del barrio con una joven que vivía cerca del rancho de su primo. Ella llevaba unas bolsas con comida y él, amable como solía ser, se ofreció a ayudarle a cargarlas. En el trayecto intercambiaron

preguntas y respuestas rutinarias sobre sus respectivas vidas en el lugar. Al llegar a la puerta del rancho de Alicia, ese era su nombre, ella, además de agradecida, se mostró agradada por conocerlo. Se despidieron estrechándose las manos y Valmore le dijo que esperaba volver a verla.

Valmore le relató a Ezequiel el encuentro con la vecina. “¡Caramba, gochito, tu sí te enamoras rápido!”, exclamó el primo en tono de burla. Este le informó que ella era una madre soltera que vivía allí sola con su hija y que en la casa de al lado vive su madre. “Caramba, primo”, dijo Valmore para cobrarse la insinuación, “usted como que ya le tenía el ojo puesto”. Más allá de la chanza, Ezequiel agregó que esa podía ser una buena oportunidad. Valmore hizo su interpretación mental de qué quería decir su primo con aquello de “una buena oportunidad”: conseguir otro lugar donde vivir. A partir de entonces, Valmore, cada vez que pasaba por la puerta del rancho de Alicia lo hacía lentamente, procurando hacer ruido —en ocasiones cantaba— para llamar la atención. La buena suerte lo seguiría acompañando. En una oportunidad, Alicia abrió la puerta y lo saludó diciéndole “Tienes una bonita voz”. En realidad, ella buscaba que él la ayudara con un percance que tenía con una fuga de agua en la tubería del lavaplatos. Él se apresuró a entrar a la casa con disposición a arreglar la falla, pese a que, como él mismo sabía, era un neófito en esas tareas. Después de examinar la tubería se dijo así mismo: “Esto es pan comido”, y le indicó a Alicia que iría a la casa del primo por unas herramientas. Al regresar, se dispuso, durante un buen tiempo, a resolver el problema y lo logró. Él mismo se sentía sorprendido de haberlo conseguido, aprendizaje este que le serviría en el futuro. Ella le ofreció, como muestra de gratitud, tomarse un café en la mesita del comedor. Conversaron un rato sobre el mantenimiento que hay que hacerles siempre a las casas. Valmore intentaba mostrarse como alguien con experiencia

sobre esas vicisitudes, algo que ella evaluó positivamente. Luego ella derivó la conversación hacia temas personales. Disparó una ráfaga de preguntas. Quería saber su procedencia, las razones por las cuales se vino a Caracas, por qué vivía en casa de su primo, a qué se dedicaba. Valmore respondió cada una de las interrogantes sin dar muchos detalles. Enseguida le tocó a él el turno de las interpelaciones, aunque fue mucho más escueto, porque la pregunta que más quería formular era: “¿Tiene usted novio o marido?”. Ella, sospechando de por dónde venían los tiros, se limitó a responder: “El padre de mi hija se fue hace un tiempo y no creo que vuelva”. Al momento de la despedida, Valmore, sintiéndose confianzudo, se acercó bastante a ella para estamparle un beso en la mejilla. A Alicia no le disgustó el gesto, lo aceptó como una forma de pago por el favor recibido.

Al pasar los días, en ocasiones se encontraron en el camino a casa, en otras ella estaba en la puerta de su rancho con la niña. Encuentros que se caracterizaron por saludos afectuosos, conversaciones ligeras y chistosas por parte de Valmore. Hasta que en una oportunidad este se atrevió a invitarla a salir, “para tomarnos una cervecita”. Acordaron el día y la hora y se encontraron en un bar restaurante, ubicado en un centro comercial cercano a la Redoma de Petare. El tiempo de beber las primeras cervezas estuvo acompañado de un intercambio trivial de recuerdos y anécdotas. Luego llegó el momento en que Valmore se sintió con brío para iniciar el ataque.

—Oiga, quiero decirle —recordando una frase escuchada en el billar de su padre— que cada vez que sonrío me late el corazón. Usted me gusta mucho —agregó, tratando de transmitir cariño.

—Y si te gusto tanto, ¿por qué me tratas de usted? —respondió Alicia con tono de sorprendida.

Valmore soltó una carcajada y solo se le ocurrió decir: “Porque así hablamos los gochos”. Los dos se rieron y paso seguido, Valmore

le acarició la mano que ella mantenía sobre la mesa, se acercó para darle un beso de piquito, ella se lo permitió, y así dieron inicio a una relación amorosa que duraría un buen tiempo.

Al regresar a casa, Alicia abrió la puerta, Valmore mostró intenciones de entrar, ella dudó por unos segundos si debía permitirselo, finalmente ambos entraron y una vez: adentro se desencadenó el deseo que los dos sentían. A partir de esa noche, Valmore aprendió que la relación sexual no se circunscribe solo a la penetración. Aprendió que las ligeras caricias forman parte de la excitación sexual. Aprendió que los besos en diversas partes del cuerpo elevan la lujuria. Aprendió que entre más se complace a la mujer, mayor satisfacción se siente al llegar al orgasmo. Alicia se convirtió en su maestra en la cama, lo cual reforzó su apetencia de vivir con ella.

Luego de acordada la decisión de vivir juntos, poco a poco, sin establecer normas ni reglas de comportamiento habladas, se fueron compenetrando en el hogar. Valmore estableció una buena relación con la niña de Alicia hasta el punto de casi parecerse al padre, al menos así lo percibía la pequeña. En cambio, la relación con la suegra no fue tan cordial. Aunque vivía en la casa de al lado, se la pasaba metida buena parte del día —para disgusto de Valmore— en la de su hija. La suegra tenía una razón particular —nunca revelada a Valmore— por la que no le gustaba esa nueva relación de Alicia.

Transcurridos dos años de vida marital —en los que Valmore hizo grandes esfuerzos laborales para mejorar las condiciones económicas de su nueva familia y en los que también vivieron con tranquilidad y sosiego—, ocurrió algo inesperado y definitorio de su futuro inmediato. Una noche, al regresar Valmore de su jornada laboral, al entrar a la casa encontró sentado en la mesita de comedor a un individuo desconocido y a Alicia parada cerca, visiblemente alterada. El sujeto se levantó, volteó a mirar al recién llegado y con voz alterada le dijo: “Estas dos mujeres son mías, así que tendrás que

largarte”, y salió por la puerta sin decir nada más. Alicia, de inmediato, estalló en llanto. Valmore buscó calmarla para encontrar una explicación de lo que acababa de ocurrir. Cuando finalmente paró de llorar, ella le dijo que ese sujeto es el padre de la niña. Valmore, molesto como estaba, la increpó: “Usted me había dicho que él no volvería”. “Sí, es cierto, creí que no volvería porque estaba preso”. Al escuchar esto último, a Valmore se le vino el mundo abajo y le surgieron una serie de interrogantes: “¿Por qué estaba preso? ¿Es un asesino? ¿De verdad tendré que largarme? ¿De qué es capaz? ¿Ahora qué hago?”. Sin esperar ninguna explicación adicional por parte de Alicia, se fue a la cama a intentar reposar, pero agobiado como estaba no pudo dormir, pasó la noche en vela. Ella acudió al dormitorio a acostarse sin intenciones de dialogar para evitar mayor crispación.

Al día siguiente, lo primero que hizo Valmore fue acudir muy temprano a casa de su primo a interrogarlo acerca del desconocido. Ezequiel se manifestó preocupado ante lo contado por su primo. Le aclaró que él no le había dicho nada porque desde hace tiempo se rumoraba en el barrio que ese sujeto había muerto y que por eso no lo habían vuelto a ver. Ahora le advirtió que tuviese mucho cuidado con ese individuo, porque, en la época antes de que desapareciera, se decía que era la mano derecha del jefe de la banda delincriminal del sector y agregó que lo apodaban Triki Traki por el uso frecuente de la pistola que portaba. Valmore terminó la conversación aún más preocupado que al comienzo, especialmente por la frase final que le dijo Ezequiel: “Mejor desapareces”.

Al regresar del trabajo, Alicia le contó a Valmore, con lujo de detalles, la que había sido su relación con Triki Traki, asegurándole que en realidad ella nunca lo quiso y mucho menos ahora que estaba enamorada de él. En plena conversación, entró a la casa la madre de Alicia y dirigiéndose a Valmore le dijo: “¿Y usted sigue aquí?”. Él no entendía la razón por la cual su suegra nunca lo quiso, siempre

lo trataba con desdén y cierto desprecio. Al escuchar esas palabras se le reforzó la idea de que en realidad tendría que irse de esa casa. Valmore no sabía que “la doña”, tal como siempre la nombraba, mantenía contactos con el padre de su nieta. El presidiario se las ingeniaba para mantenerse informado con sus amigos secuaces sobre lo que ocurría en el barrio, especialmente en la casa de su mujer, y además, de vez en cuando, le enviaba dinero a la abuela de su hija para mantenerla de aliada.

—Llegó la hora de que usted se vaya —agregó la doña, y se dispuso a salir de la casa.

—Me voy cuando yo lo decida —respondió Valmore en tono retador.

Alicia, al escuchar la respuesta de Valmore, sintió que este, envaletonado, se mantendría a su lado. Se acercó a acariciarlo y besarlo con el propósito de llevarlo a la cama, para recordarle los grandes momentos de disfrute amoroso de ambos. Y así fue. Pasados unos días, parecía que todo había vuelto a la normalidad, ambos iban a sus respectivos trabajos, volvían a casa a reencontrarse, intercambiaban cariños con la niña, se divertían en la cama y no habían vuelto a saber nada más de Triki Traki. Una noche, cuando Valmore subía la pendiente de escaleras, se tropezó con un individuo que bajaba y le pidió disculpas y este le respondió: “De nada te sirve pedir disculpa, toche², prepárate para lo peor”, y siguió camino hacia abajo. La amenaza surtió un efecto devastador en Valmore, se dio cuenta de que incluso esa persona conocía sus orígenes al tratarlo de toche. Al llegar a casa no quiso comentarle nada a Alicia, la idea de marcharse volvió a rondar fuertemente en su cabeza y no quería que ella se enterase. Al día siguiente, le compró a un buhonero una navaja automática, necesitaba un arma que le permitiese defenderse

2 Toche significa falta de inteligencia o entendimiento, adjetivo despectivo usado en los Andes venezolanos.

con rapidez, al menos así creía que podría superar algún ataque imprevisto.

Triki Traki estaba decidido a lograr que el intruso— así calificaba a Valmore— abandonara a Alicia, pero no quería tomar acciones que pudiesen poner en riesgo su libertad, ya que había logrado su liberación bajo condición provisional, y no podía cometer errores que lo llevaran de nuevo a la cárcel, lugar donde si algo aprendió fue a ser precavido, porque el que allí se precipitaba podía terminar tirado en el piso de la ducha y su sangre mezclándose con el agua. Para lograr su objetivo se dispuso a trazar la estrategia de crearle temores al intruso para provocar su huida. Como los dos primeros intentos, aparentemente, habían fracasado, elevó la apuesta y envió a dos de sus compinches, uno de ellos armado con pistola, para amenazarlo y asustarlo hasta el punto de que no hubiese vuelta atrás y saliera corriendo del barrio petareño. El día escogido por Triki Traki para llevar a cabo la operación coincidió con una propuesta que le hizo a Valmore un señor que acostumbraba a ir a comer al restaurante donde este trabajaba. La propuesta fue ofrecerle empleo en la construcción de una casa ubicada en una zona de urbanizaciones del este de la ciudad. Además de la remuneración, le ofreció alojamiento en una vivienda cercana al lugar. Valmore subía contento las escaleras del barrio pensando en el ofrecimiento que le hicieron. De repente, en un punto muy oscuro, apareció la silueta de un hombre que lo apuntaba con un arma y de un lado estaba otro que lo veía con ojos de odio, quien le dijo: “Si no te vas del barrio, te vamos a joder”. En un instante, a Valmore le vinieron recuerdos fugaces de las conversaciones de los jugadores de billar en su pueblo, especialmente la frase repetida muchas veces: “Hay que tener las bolas bien puestas para enfrentarse a una pistola”. Nunca tuvo certeza de si fue de ese recuerdo del que sacó valor para enfrentar a estos sujetos. Con su mano derecha en el bolsillo empuñando la navaja automática, utilizó

su brazo izquierdo para golpear el brazo del que lo apuntaba con el arma, esta se le cayó al suelo y se deslizó hasta una alcantarilla, y con su brazo derecho apuñaló al que lo había amenazado, el cual, al caerse, rodó escaleras abajo mientras el otro, después de perder el arma, también perdió el coraje y corrió escaleras arriba. Valmore se apresuró a llegar a la casa, le mintió a Alicia diciéndole que tenía que ir a Trujillo porque su padre estaba muriendo, empacó en un maletín las pocas cosas que tenía, se despidió diciendo que pronto volvería y se enrumbo hacia arriba, por donde sabía que había una vereda que llegaba también a la calle principal.

Esa noche pasó las de Caín, no tenía a dónde ir, dónde dormir, tenía mucho miedo, no sabía qué consecuencias le acarrearía el suceso con los malandros que lo atacaron. Caminó un buen rato, lo más rápido posible que le permitía su cojera, hasta llegar a la avenida Francisco de Miranda, allí se sentó en el banco de una parada de autobús a descansar, dormir y esperar a que amaneciera.

El brillo de la luz solar lo despertó justo cuando el autobús, en su primer recorrido matutino, se detuvo en la parada. Valmore, sin pensarlo dos veces, se subió al vehículo porque tenía claro que debía irse lo más lejos posible de aquella zona. Más adelante, luego de descender del transporte, buscó un teléfono público para comunicarse con el señor que le ofreció el trabajo. Le dieron las indicaciones de rigor para llegar al sitio donde se hospedaría, una urbanización del sureste de la capital, se dirigió hacia allá, encontró a su nuevo patrón y se dispuso a comenzar una nueva etapa de su vida.

V

Los orificios del placer

Tardaron casi dos años en terminar de construir la casa en la que Valmore estaba trabajando. Allí se hizo amigo de varios de sus compañeros de trabajo, con quienes compartía el lugar de alojamiento ofrecido por el patrón y con algunos de ellos se reencontraría más adelante en otro tipo de actividad laboral. En ese tiempo se enteró, por chismes que le llegaron a través de su familia en el pueblo, que su primo Ezequiel tuvo que mudarse del barrio El Carpintero, porque la banda del Triki Traki lo amenazó con hacerle daño a él, a su mujer y a su hijo si no revelaba dónde estaba Valmore, información que en realidad no podía suministrar porque este nunca se volvió a comunicar con ellos. También supo, para su tranquilidad, que el individuo al cual apuñaleó se había recuperado y andaba en el barrio más suelto que perro callejero.

Al concluir la construcción, el patrón le dijo a Valmore que si le interesaba le podía conseguir un trabajo en una comunidad eclesíastica cercana. Al aceptar la propuesta, el jefe lo llevó al lugar y le dijo con una sonrisa pícaro en su rostro: “Tienes que comportarte bien porque los curas no perdonan, solo Dios lo hace”. El enclave religioso tiene una enorme iglesia, una casa parroquial, un colegio de educación media solo para mujeres y un estacionamiento de vehículos. Su patrón le presentó al padre Lazo, quien sería su nuevo jefe. Este le dio las instrucciones sobre cuáles serían sus labores, básicamente la de un vigilante, tarea que por primera vez cumpliría Valmore en

su vida. Esta actividad la compartiría con Augusto, quien era más o menos contemporáneo con él, oriundo de Cúcuta, Colombia, nada simpático, según pudo comprobar Valmore a lo largo de las semanas, e inclinado a llevarle chismes al párroco. Una de las ventajas de este trabajo era que aquí también tenía alojamiento en un sótano, el cual compartía con Augusto, y comida en la casa parroquial.

En su nuevo trabajo Valmore se volvió muy servicial, siempre atendía educadamente a las personas que concurrían al lugar, las ayudaba en todo lo que podía: cargar paquetes, orientar a los que estacionaban, indicar el camino a seguir, informar si las autoridades eclesíásticas estaban presentes o no. Estas características de simpatía, cordialidad y colaborador las mantendría a lo largo de su vida como vigilante, las cuales lo ayudaron mucho en el presente y en el futuro. A quien no le gustaba ese comportamiento era a su colega Augusto, quien sin pensarlo dos veces fue a decirle al padre Lazo que el nuevo trabajador “es un jala mecate”. El padre reaccionó algo molesto y le respondió: “Tenga cuidado con su lenguaje, los cristianos siempre colaboramos con los demás”.

A Valmore le llamó la atención ver en varios lugares una imagen religiosa nunca vista por él. Se trata del dibujo de un círculo con una cruz adentro. Se le ocurrió preguntarle a Augusto si sabía algo de ese símbolo.

—Te puedo decir que es algo que se llama Opus... Opus... Opus Día o algo así. Se trata del nombre del grupo al cual pertenecen los curas, algunos llamados laicos y las otras personas que vienen aquí con frecuencia. Se dice que son muy poderosos, que mandan más que el papa.

Días después, Valmore recogió en el piso un folleto que decía “Opus Dei (Obra de Dios), Prelatura personal de la Iglesia Católica”. Quedó más intrigado todavía porque no tenía idea de qué significaba aquello y se lo mostró a Augusto.

—¿Vas a seguir con eso? —replicó el colega vigilante—. Solo te puedo decir que un amigo un día me contó algo, que no sé si será verdad. Parece que a ellos les gusta quitar y poner gobiernos, sobre todo poner los que mandan con mano dura.

Augusto no tardó mucho en ir a decirle al padre Lazo que el vigilante nuevo “anda en una preguntadera sobre el Opus”. El religioso se limitó a responder: “Anotado, guardado y agradecido de Dios”. Augusto se fue con el rabo entre las piernas, malhumorado e intrigado por aquella respuesta. Pasado un tiempo fue con otro chisme al padre Lazo. “Ese vigilante —le dijo con cierto aire de desprecio— se la pasa viendo a las jóvenes estudiantes cuando andan haciendo ejercicios y deportes”. Ese comentario sí que no le agradó para nada al cura. Mandó a llamar a Valmore y lo recibió en la oficina de la parroquia.

—Señor Valmore —le dijo el cura Lazo—, tenga usted en cuenta que nuestra congregación es sumamente respetuosa con quienes vienen aquí, sea a trabajar, sea a rezar o sea a estudiar. La mayoría de las muchachas que estudian acá son hijas de nuestros miembros laicos, muchos de ellos prestan grandes colaboraciones con la institución, son personas de prestigio en la sociedad venezolana, queridas por todos. Por estas y otras razones debemos tener mucho cuidado en nuestro comportamiento con ellas. Dicho esto, le agrego algo más: queda terminantemente prohibido que usted se acerque a verlas cuando están haciendo ejercicios. Si vuelvo a saber que usted anda merodeando por las canchas de juego, se tendrá que atener a las consecuencias.

Valmore, sorprendido porque por primera vez alguien lo trataba de “señor”, solo se le ocurrió decirle al cura que las pocas veces que fue a ese sitio era con la intención de cuidarlas.

—Ni quiera Dios que se me ocurriese alguna otra cosa —agregó.

—No meta a Nuestro Señor en este asunto —le replicó el cura.

Seguidamente, Valmore se comprometió a que nunca más pasaría por allí cuando ellas estuvieran ejercitándose. Por supuesto que no le gustó para nada esa reprimenda del cura. Al salir de esa oficina se interrogó sobre si ver a muchachas jugar en un patio significaba cometer un pecado. De algo sí estaba muy seguro, nunca más, si alguna cosa le llamara la atención, se la diría a su colega Augusto, “el pajúo”, como lo apodó en su cabeza de ahí en adelante.

Durante un largo tiempo, Valmore no tuvo más encontronazos ni con el “pajúo” ni con el padre Lazo. A este último más bien le llegaban, de vez en cuando, comentarios positivos, expresados por los visitantes de la congregación, acerca de la conducta servicial de Valmore, quien se esmeró en mantener una buena relación con todos para demostrar su dedicación al trabajo.

Un día hubo algo que a Valmore le llamó la atención, pero asumió que lo ocurrido podía ser normal. Vio al padre Lazo entrar al depósito donde se guardan herramientas, pala, pico, máquina podadora de césped, y otros utensilios. En realidad lo que le pareció más extraño fue la cantidad de tiempo que el cura estuvo allí dentro y que a su salida no llevara nada en las manos de lo que allí se guardaba. “Él sabrá”, se dijo a sí mismo y borró de su mente el episodio. A la semana siguiente volvió a ver a Lazo entrar al lugar y demorarse cerca de media hora allí adentro. Pasaron dos semanas y volvió a observar al cura ingresar al recinto. Su nuevo oficio lo llevó a tratar de ser más detallista en relación con lo que debe estar pendiente, al menos así creía que debía ser. La curiosidad lo condujo una tarde a inspeccionar el depósito sin que nadie lo viera. No encontró nada que le pareciera anormal. Seguía sin entender por qué el párroco se quedaba tanto tiempo en un sitio donde no había escritorio ni silla, nada que le permitiese reposar. En su afán de actuar como vigilante, decidió ser más minucioso en relación con esa actuación del cura. Primero determinó que siempre lo hacía, aproximadamente, a las

cinco de la tarde de los días jueves, no todas las semanas, pues había ocasiones en que no aparecía. Luego se dio cuenta de que los días jueves estaban destinados a las prácticas deportivas de las jóvenes estudiantes de cuarto y quinto año de bachillerato, aunque a la hora del cura en el depósito ya ellas habían culminado su actividad. Comenzó a preguntarse si existía alguna relación en esa coincidencia de día y hora. No encontraba respuesta lógica a su interrogante. Un jueves que estaba seguro de que el padre no se encontraba en la congregación, porque lo vio partir a mediados de la tarde, entró al depósito, a las cinco, con la idea de hurgar detenidamente para ver si conseguía la razón de aquel comportamiento que se había vuelto un misterio para él. Al poco rato de estar allí, y de dedicarse a mover objetos almacenados, escuchó un tenue bullicio, pegó su oído de la pared de la cual percibía que venía el ruido, se alarmó al identificar lo que le parecía eran las voces de las jóvenes estudiantes y salió de prisa del lugar con los nervios de punta.

Pasaron los días y Valmore siguió con la inquietud sobre lo que ocurría en el depósito. Al visualizar desde lejos la edificación del colegio de la comunidad religiosa, se dio cuenta de que la estructura del depósito estaba pegada a la del espacio escolar. La pregunta que se hizo fue en qué lugar del colegio se reúnen las chicas para armar ese bullicio, “no puede ser un salón de clases porque el profesor no lo permitiría”, pensó de inmediato. Intrigado como estaba, una noche decidió entrar al colegio y recorrer sus distintos espacios, buscando la ubicación de la pared colindante con el depósito. Luego de circular un buen tiempo por los salones de clases, los baños, el salón de música, las oficinas de los profesores y del director y el local del bedel llegó al último espacio posible, donde vio un letrero que le crearía una mayor intranquilidad: Duchas solo para mujeres. Además de las duchas e inodoros, vio allí dentro bancos y guardarrobas. Llegó a la conclusión de que ese era el lugar donde se producía el

bullicio que se escucha en el depósito y se preguntó, con cierto nivel de inocencia, si el cura acudía allí para enterarse de las cosas que comentaban las muchachas acerca de la congregación. Al mismo tiempo, pensó que era difícil entender los contenidos de ese ruido. Al observar detenidamente la parte alta de la pared, que suponía colindante con el depósito, distinguió cerca del techo unos orificios que parecían de ventilación. “Di en el clavo”, usó esta expresión coloquial para reafirmarse que había resuelto el misterio.

Valmore decidió guardar silencio sobre lo que había descubierto porque, entre otras razones, todavía tenía que confirmar que su sospecha era real. Así que espero el día y hora adecuados para volver a entrar al depósito, encontrar los orificios de ventilación y precisar qué era lo que veía el cura Lazo en esas escapadas misteriosas. Efectivamente, al examinar la pared vio pegado una especie de cartón en la parte superior que no había distinguido en su inspección anterior. Colocó la escalera que estaba allí guardada, subió hasta llegar al cartón, escuchó bullicio, se dio cuenta de que el cartón estaba colgado en la pared como si se tratase de un cuadro, lo levantó y vio los orificios. Al pegar sus ojos a ellos pudo descubrir la conducta pecaminosa del cura a la que él también se sumaría. Allí estaban las muchachas, unas desnudas bajo los torrentes del agua, otras vistiéndose y desvistiéndose, algunas charlando, todas inocentes sobre la mirada lujuriosa que penetraba a la altura del techo. La excitación se apoderó de Valmore, ver aquella variedad de senos grandes y pequeños, algunos con pezón erecto; pubis con vellos de diferentes colores; traseros, unos redondos, otros achatados, y rostros atractivos lo llevó a una situación incontenible, se sacó su miembro por el cierre del pantalón, inició los movimientos con la mano, aprendidos desde muchacho, y descargó toda la emoción contra la pared. Al concluir se dio cuenta de las manchas que había dejado, también de que las suyas no eran las únicas.

Los episodios de la mirada libidinosa a través los orificios se repitieron de vez en cuando, siempre asegurándose de que el padre Lazo estuviera en la congregación, a quien, por supuesto, había visto también entrar muchas veces al depósito, y tomando la precaución de cerrar la puerta por dentro para no ser descubierto. Para Valmore, el disfrute de aquellos momentos se convirtió en el sustituto de su relación amorosa con Alicia, a quien extrañaba porque desde entonces no había tenido contacto sexual con ninguna otra mujer. También disfrutaba de escuchar las conversaciones de las muchachas, algunas veces hablaban de sus relaciones con jóvenes, de las ilusiones de ser besadas, alguna iba más allá, confesaba haber sido tocada en sus partes íntimas, se reían, se burlaban entre ellas, gozaban de aquellos momentos de diálogos considerados triviales. En ocasiones las palabras despertaban mayor excitación en Valmore que las propias imágenes de desnudez que veía. Las chicas, a veces, también hacían referencia al comportamiento de sus profesores y del personal del colegio. Una de ellas se refirió al cura Lazo diciendo que no le gustaba la forma en que la veía. La respuesta de sus compañeras al unísono fue: “Ese es un sádico”.

Una tarde del día jueves, Valmore se acercó al depósito. Ese día tenía la convicción de que el padre Lazo estaba fuera de la congregación, sabía que había salido en la mañana para asistir a una misa de un difunto en el Cementerio del Este y no lo había visto regresar. Procedió a abrir la puerta del almacén y se llevó una tremenda sorpresa. El padre Lazo estaba montado en la escalera pegada a la pared de la lujuria, sin sotana, sin ropa interior, solo con una franelilla que le cubría la parte superior del cuerpo, los ojos puestos en los orificios del placer. Al escuchar el ruido de la apertura de la puerta, el cura volteó y vio la cara de asombro y risueña del vigilante. Pasó rápidamente de la excitación al nerviosismo, sin saber cómo reaccionar ante lo que estaba sucediendo, y decidió descender de la escalera.

—¿Qué hace usted aquí? —fue lo único que a Lazo se le ocurrió decir.

—Esa misma pregunta se la iba a hacer yo a vos —respondió Valmore, al tiempo que su mirada examinaba la desnudez del religioso, quien al percatarse de su situación embarazosa, procedió a colocarse la sotana con premura.

—No sé qué se está imaginando usted —respondió el cura—. Yo estaba haciendo un acto de contrición para no cometer pecados, eso hacemos los católicos, usted debería hacerlo, pedirle a Dios ser perdonado.

—Ya entiendo —respondió Valmore y elevó su vista hacia el cartón del techo—, vos mirás a Dios a través de esos orificios.

Lo dicho por Valmore convenció al cura de que estaba descubierto, pero su reacción, en ese momento, no fue la de quien intenta dar explicaciones para convencer de no ser delatado.

—Tenga usted mucho cuidado con lo que dice, le saldrá caro si se atreve a volver a insinuar cualquier irregularidad en mi comportamiento. ¡Salga usted de aquí! —le gritó el cura, dándose ínfulas de autoridad.

Valmore, al disponerse a salir, solo se le ocurrió decir: “Sepa usted que ni Dios se lo perdonará”.

Dos días después, estando Valmore en la caseta de vigilancia, vio venir a su colega, el “pajúo”, quien, con risita maquiavélica, le dijo que debía ir a la oficina del administrador, sin darle detalles de las razones por las cuales debía acudir. El administrador le informó que habían decidido prescindir de sus servicios, que le pagarían su liquidación y el tiempo del preaviso, por lo cual debía recoger sus pertenencias y abandonar de inmediato las instalaciones. Valmore entró en cólera, sabía quién estaba detrás de su despido, exigió que le dijeran las causas por las cuales se quedaba sin trabajo. No tuvo ninguna respuesta. Al salir de allí buscó al presbítero de la

congregación, a quien le contó con lujo de detalles lo sucedido con el padre Lazo. El presbítero, sin inmutarse, solo dijo estas palabras:

—Entonces, usted también lo hacía. Espero que Dios se lo perdone —y lo conminó a salir del recinto.

Un señor de los llamados en el Opus Dei supernumerario, que estaba en ese momento con el presbítero y que era conocido de Valmore, lo acompañó hasta la puerta y en voz baja le dijo: “Yo me llamé Francisco, tome mi tarjeta y llámeme mañana, que tengo algo que ofrecerle”.

VI

Un callejón sin salida

El inspector Pissarro, sentado en la comisaría frente a la pizarra donde suelen colocar los datos, fotografías y enlaces de las investigaciones policiales, intentaba encontrar, sin mucho resultado, el camino a seguir para descifrar las razones del crimen cometido en el hotel parisino. El sargento Pulido, quien lo acompañaba en esa tarea, resaltó que una de las mayores dificultades que tenían era que no conocían los antecedentes de la víctima y de su esposa. Pissarro estuvo de acuerdo con su subordinado y le ordenó que se comunicara con Interpol para conseguir apoyo en la indagación. También acordaron que debían corroborar la información que suministró la cónyugue del occiso, sobre la prima que supuestamente le ofreció vivienda para su permanencia en Francia.

Luego de las pesquisas del caso, localizaron a la señora Isabel Trudeau Beaumont, quien reside en la ciudad mediterránea de Cannes, se comunicaron vía telefónica con ella y trataron de ampliar la información dada por su prima. Notaron, en un principio, que no estaba muy abierta a colaborar, respondía con monosílabos a cada pregunta: “sí, no, no sé”. Su comportamiento cambió un poco cuando le reiteraron que se trataba de la investigación de un asesinato y que debía colaborar con la policía. Entonces confirmó que efectivamente su prima le había pedido alojamiento en su apartamento de París, pero que ella le había informado que no podía dárselo porque ya lo tenía arrendado a otra persona. Aclaró

que nunca estuvo previsto que se lo permitiera usar gratuitamente. También fue enfática al señalar que ella no conocía al marido de su prima y que por lo tanto no podía aportar ningún elemento que condujera a la causa de su asesinato. Agregó que su relación con su prima siempre fue muy distante no solo por la ubicación de vida de cada una, sino también por los comentarios familiares acerca de su conducta un tanto conflictiva, sobre la cual no dio mayores detalles. Cuando los policías le insistieron que aclarará qué quería decir con “conducta conflictiva”, se limitó a indicar que en los corrillos familiares se decía que siempre tuvo muchas trifulcas y enredos con los padres y hermanos.

Al analizar algunos de los elementos aportados por la señora Trudeau Beaumont, los investigadores estuvieron de acuerdo en que debían volver a interrogar a la esposa del asesinado, pero en el hotel, de manera menos rigurosa, para no hacerla sentir presionada y tratar de lograr que “suelte la lengua”, apuntó Pissarro.

Se encontraron con ella en uno de los salones amoblados del lobby del hotel. Luego de pedir café a la camarera, se dispusieron a dialogar con la intención de aclarar algunos aspectos de las versiones conocidas. Alexia, todavía muy afectada por lo sucedido, accedió a hablar para mostrar interés en saber quién cometió el crimen y las razones del mismo.

—¿Ya averiguaron quién mató a mi marido? —preguntó Alexia tajantemente.

—La investigación está en curso —respondió Pissarro—. Necesitamos conocer más sobre su vida, sus relaciones personales, familiares, las actividades que desempeñaban en su país de origen.

—Ya ustedes saben que mi padre nació en Francia, conoció a mi madre en Venezuela cuando fue a trabajar para la Alianza Francesa, donde ella fue a estudiar francés, se enamoraron y se casaron, tuvieron tres hijos, entre ellos yo, la menor, y mis dos hermanos. Mi

padre siempre tuvo una inclinación hacia la escultura artística, la artesanía, pero por razones económicas se dedicó a la construcción, de allí surgieron varias propiedades que heredamos después de su fallecimiento. Yo vine a Francia a estudiar Administración de Empresas, pasado un tiempo, no me sentía satisfecha con esa carrera, entonces preferí aprender el oficio de chef de cocina.

—¿Y su padre estuvo de acuerdo con esa decisión? —la interrumpió Pissarro.

—La verdad no, pero en la vida cada quien escoge el camino que más le conviene.

—Tenemos información de que sus relaciones familiares eran algo conflictivas.

—Desconozco de dónde sacaron esa información, solo les puedo decir que entre mis padres y yo siempre hubo una relación de respeto, cariño y amor.

—Y la relación con sus hermanos —insistió el policía—, ¿también fue de respeto y cariño?

—Mis hermanos son mayores que yo, uno me lleva ocho años y el otro seis. En ocasiones pretendían tutelarlos, pero yo no me dejaba, y mis padres, a veces, tampoco los dejaban.

—¿Significa que usted era la consentida de la casa?

—No, para nada. Nunca me sentí consentida, querida sí.

—Usted mencionó la herencia de sus padres. ¿Hubo alguna diferencia con sus hermanos por este motivo?

—No, para nada. Se cumplió, de acuerdo a las leyes venezolanas.

—En la conversación que sostuvimos en la comisaría —apuntó el sargento Pulido—, usted dijo que tenían previsto alojarse aquí en París en el apartamento que le ofreció su prima. La señora Trudeau Beaumont nos aseguró que dicho apartamento ya tiene un inquilino y que en caso de permitir su alojamiento allí sería por arrendamiento. ¿Nos mintió usted?

—No, para nada.

—Para nada, es otra vez su respuesta —destacó Pissarro en tono molesto.

—Mi plan antes de salir de Venezuela —agregó Alexia— fue alojarnos en ese apartamento y así se lo pedí a mi prima. Es verdad que después de llegar acá, ella me sorprendió diciendo que el apartamento ya estaba ocupado, no me habló de arrendamiento. Esa noticia trastocó nuestro plan, aunque no hasta el punto de tomar la decisión de devolvernos.

—¿Ese tema provocó una discusión con su esposo?

—No, para nada.

—¿Segura?

—Fue un tema de conversación, de intercambio de opiniones sobre lo que podríamos hacer, pero nada de discusiones ni mucho menos de peleas.

—¿Hace cuánto tiempo llevaban de casados? —dijo Pissarro, dándole un giro diferente a la conversación.

—Dos años.

—Antes de eso, ¿estuvo usted casada o tuvo alguna pareja permanente?

—Casada no, algunos novios pasaron por mi vida.

—¿Cuándo, dónde y cómo se conocieron su esposo y usted?

—Nos conocimos hace tres años, cuando yo me acababa de mudar al edificio donde vivíamos antes de venir acá. Él trabajaba como vigilante en ese edificio. Yo lo veía casi a diario en la entrada cuando salía de compras. Así comenzó nuestra relación. Él tenía bastante tiempo trabajando allí.

—Por favor, ¿puede darnos los datos de esa ubicación?

—Urbanización Las Guacamayas, avenida Colibrí, edificio Guacharaca, apartamento 10-A, Caracas.

Los dos policías, al escuchar las últimas respuestas de Alexia, se vieron las caras, ambos con gestos de extrañeza tanto por la respuesta sobre el inicio de la relación de la pareja como por la de la dirección de su vivienda. Pissarro hizo una seña a Pulido con su mano indicando que habían concluido el interrogatorio. Alexia se limitó a agregar que esperaba que pronto consiguieran al culpable. El jefe policial solo acotó que ella no podía salir del país hasta tanto no se dilucidara lo ocurrido y que esa era la razón por la cual le tenían retenido el pasaporte.

En el camino de regreso a la comisaría, Pissarro y Pulido intercambiaron conjeturas sobre lo escuchado. El subalterno le informó a su jefe que había grabado toda la conversación en su teléfono móvil, aún a sabiendas de que ello no es una prueba legal, pero que serviría para recordar cada una de las cosas dichas por ella. El comisario fue enfático en decir que nunca se deben disipar las sospechas hasta tanto no se tengan las pruebas contundentes para ello, pero agregó que, en el caso de la esposa del asesinado, no tenían evidencias que identificaran alguna razón por la cual ella podría haber cometido ese crimen. “Además —agregó—, la forma directa y franca como se expresa me transmite la idea de que no tiene ninguna motivación para cometer semejante delito, espero no equivocarme”. Insistió en que debían recurrir a la Interpol para conseguir más información sobre la víctima que los condujeran a las eventuales causas del asesinato. Pulido le replicó que ya habían hecho los trámites necesarios, pero que aún esa institución policial internacional no había dado señales positivas al respecto.

El sargento Charles Pulido conocía la fama que tenía Pissarro en la institución policial de Francia sobre su capacidad investigativa: el hombre que había resuelto numerosos delitos complicados. Por eso, entre otras razones, quería esmerarse en la investigación de este caso para sustentar la confianza que había depositado en él como

su subalterno. Estaba de acuerdo en que un elemento esencial de la investigación era profundizar en el pasado de la víctima, sobre el cual tenían muy poco conocimiento. Al reflexionar sobre el caso, sentado en su escritorio de la comisaría, pensó también en su pasado personal. Sus inicios en la vocación policial comenzaron precisamente en Venezuela, país que lo vio nacer y donde dio sus primeros pasos en el estudio en esa profesión, luego se trasladó a la nación europea para realizar un curso de especialización y, en el ínterin, se enamoró de una joven francesa con la cual se casó, no regresó a su patria, obtuvo su nueva nacionalidad y pudo ingresar a las fuerzas policiales de Francia. Pulido estaba extrañado de que su jefe no le hubiese hecho ninguna observación sobre su procedencia natal en relación con el caso investigado, puesto que esa información aparece en su expediente, el cual, seguramente, tuvo que habérselo leído cuando le anunciaron que sería su subalterno. En ese momento de la reflexión, se le ocurrió pedirle a su jefe autorización para tratar de indagar sobre las vidas de Valmore y Alexia en Venezuela, valiéndose, precisamente, de fuentes de su procedencia. Le dijo a Pissarro que podía hacerlo porque tenía contactos con varios investigadores del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas, mejor conocido por sus siglas CICPC, “el mejor cuerpo policial de ese país”, apuntó para reforzar su argumentación. Pissarro le recordó que si no se trataba de un informe oficial no tendría ninguna validez legal. Pulido se manifestó de acuerdo, pero insistió en que a lo mejor por esa vía podían conseguir datos del occiso y de su pareja que condujeran a la explicación de lo sucedido. Con esta respuesta, el jefe le dio luz verde para que actuara.

Pulido procedió a llamar telefónicamente a su amigo y excompañero de estudios José Arellano, a quien, luego de darle un efusivo saludo, le explicó con lujo de detalles la razón por la cual se estaba comunicando con él.

—¡Caramba, pana! Si no es así, no te recuerdas de tus amigos
—le replicó Arellano—. Estabas desaparecido. Seguro de que no
has parado de tomarte un buen vino y comerte una buena bullabesa
—agregó en tono de chanza.

VII

La Operación Bolsa

El supernumerario del Opus Dei, Francisco, le proporcionó a Valmore el teléfono de la señora Gladys Sulbarán, quien era la presidenta de la Junta de Condominio del edificio Guacharaca, ubicado en la calle Colibrí de la urbanización Las Guacamayas, además de ser propietaria de una empresa de vigilancia que tenía el contrato de servicio en esa misma edificación, la cual estaba a nombre de su marido, el comerciante Giacomo Lo Monaco, con la intención de tratar de esquivar señalamientos de conflictos de intereses. De esta manera, Valmore pasó a ser vigilante en ese lugar por muchos años y donde viviría diversas experiencias, algunas trágicas y otras divertidas, y la más importante de ellas, la que cambió su vida hasta llegar al final.

Lo primero que percibió allí Valmore fue que la señora Sulbarán “mandaba más en ese edificio que el propio presidente de la República en Venezuela —así se lo contaba a sus conocidos—, hasta el punto de que los otros dos miembros de la Junta de Condominio no tenían vela en el entierro”. Ella tenía el control, a su manera, de todos los servicios que requería el edificio: conserjería, suministro de agua, electricidad, jardinería, portones de estacionamiento, mantenimiento de todo tipo, administradora de condominio, “siempre sacándole algún tipo de provecho personal” (eran los comentarios que le hacían a él algunos de los residentes del edificio). Por ejemplo, si fumigaban las áreas comunes, su apartamento también recibía el servicio sin

pagar ningún céntimo. El conserje y su señora esposa le hacían toda clase de favores que ella les pedía. Si requerían contratar camiones cisternas de agua debido a la escasez del momento, los camioneros apuntaban en la factura una cifra superior de lo establecido y ella se quedaba con la diferencia. Su apartamento lo tenía lleno de bellas matas que le regalaban los que prestaban el servicio de jardinería. La empresa administradora de condominio pertenecía a una prima suya, aunque este era un punto poco conocido por los demás propietarios. Ni hablar de cuando tenían que hacer algún mantenimiento mayor a la edificación y necesitaban contratar a ingenieros que presentaran proyectos, si no se “entendían” con ella no eran aprobados por la Junta de Condominio. La “mandamás”, como la llamaban algunos de sus vecinos entre ellos, también tenía un control férreo sobre los vigilantes: no permitía ningún comportamiento que estuviese fuera de sus tareas. Sin embargo, Valmore, habilidoso como era, convenció a la “mandamás” que le permitiera hacer algo fuera de lo normal. Cuando ella le hizo el recorrido de las instalaciones para que conociera todas las áreas de vigilancia, le mostró una garita en desuso, ubicada en una entrada peatonal al edificio, que permanecía cerrada todo el tiempo. Pasadas las dos noches de su primer turno de trabajo de fin de semana, Valmore le habló de la posibilidad de alojarse en esa garita, “así estaré siempre en el edificio dispuesto a colaborar en lo que sea”, argumentó en tono de súplica. La condición que ella le puso para aceptar su pedido fue que recordara siempre quién le estaba haciendo el favor y le advirtió que no cometiera errores en el uso de ese espacio. “No faltaba más, señora Sulbarán, siempre le estaré agradecido”, respondió gimoteando.

La población de Guacharaca se caracterizaba por ser personas de avanzada edad, aunque por supuesto que también había jóvenes. Sobre todo, había mujeres solas, algunas de ellas viudas, otras solteras, varias muy chismosas; “una mina de oro”, pensaba Valmore a medida

que fue informándose de la realidad del edificio. Para conocer mejor a la gente de ese sitio, utilizó los elementos básicos de la táctica aprendida en el billar de su pueblo: cordialidad, gentileza y curiosidad. A todos los trataba con mucha educación, nunca utilizando el tuteo, siempre el “usted”, propio de la forma de hablar de su pueblo. Desde la garita de vigilancia, su centro de operaciones, por donde hay paso peatonal y vehicular, daba señales de estar dispuesto a hacer favores de todo tipo a los residentes, particularmente a las damas. Así se fue ganando la confianza de los habitantes del edificio, hasta el punto de que cuando entre ellos se hacían interrogantes sobre algún aspecto del lugar, siempre alguno decía: “Pregúntale al vigilante”; “Valmore lo debe saber”, decía algún otro, “¿Y quién es Valmore?”, “¿No lo sabes? El vigilante”, respondían con convicción. Buena parte de esas personas se percibían así mismos, y así lo exclamaban, como “gente decente”, incapaz de cometer irregularidades, pese a que más de uno lanzaba desechos por las ventanas y ensuciaban las áreas comunes; permitían que sus perros y gatos defecaran en los pasillos, en las escaleras y en los jardines del edificio; ocuparan puestos de estacionamiento que no les correspondían, sin pedir permiso para hacerlo y realizaran remodelaciones ruidosas en horas no permitidas por el reglamento. A veces había quienes pretendían que los vigilantes se ocuparan de esas anomalías. Valmore, cuando le tocaba algún reclamo de ese tipo, se desentendía diciendo que se lo comunicaría a la “mandamás”, por supuesto, sin mencionar este remoquete.

Valmore observaba con atención y curiosidad la llegada, en horas nocturnas, de uno de los residentes, que siempre lo hacía escoltado por dos o tres motorizados con pinta de ser efectivos policiales sin uniforme. Al averiguar de quién se trataba, uno de sus colegas vigilantes le dijo que el sujeto se llama Alberto Ortega, inquilino de uno de los apartamentos, supuestamente funcionario del gobierno, “aunque tiene más pinta de mafioso que de superior

policial. Ojo pelao”, le agregó su compañero. Pasados los días, el misterioso residente detuvo su carro al pasar el portón de entrada al estacionamiento, se bajó del mismo, se acercó a la garita, le hizo señas a Valmore para que se acercara al vehículo, levantó la puerta de la maleta, le mostró dos bolsas de comida y lo conminó a que se las llevara. Valmore, sorprendido, intentó decir algo, pero el misterioso se puso el dedo índice frente a su boca, en señal de guardar silencio, con lo que no lo dejó hablar. Seguidamente le dijo: “Una para ti y otra para tu colega que te sustituye en la mañana”. Luego Valmore, sentado en la garita, examinó las bolsas con la vista y pensó “que se parecen mucho a las que entrega el gobierno en los sectores populares. Mejor no decir nada, a caballo regalado no se le mira colmillo”. Unos días después, el misterioso Ortega llegó caminando a la garita y se dispuso a conversar con Valmore, quien estaba de nuevo de guardia, esta vez en horario diurno.

—Vigilante...

—Dígame —respondió Valmore, quien sintió que lo estaba tratando con respeto al nombrar su oficio.

—Me han dicho que tú eres una persona bastante dedicada a tu trabajo, que cumples con tus obligaciones; se podría decir que eres un hombre de confianza.

—Sí, ese soy yo —replicó Valmore, aunque no entendía a qué venían todos esos halagos.

—Bueno, mira —prosiguió el misterioso—, ¿ves esta llave que tengo en la mano?, ella abre la puerta del depósito que está debajo de las escaleras del sótano del estacionamiento. De vez en cuando, mi equipo va a traer en una camioneta Pick Up, a medianoche, unos materiales que van a dejar allí y unas noches después vienen a recogerlos. Necesitamos que los dejes entrar sin preguntar nada, sin molestar y sin decir nada a los demás. Guardar silencio. —Y se

llevó otra vez al frente de la boca el dedo índice—. Si aceptas, te tocará lo tuyo. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—Vea —inició así Valmore su respuesta—, yo, como usted ha dicho, soy una persona de confianza, pero también confío en las personas que conozco. Usted es una persona a quien respeto y creo que no me va a involucrar en nada deshonesto, así que confíe en mí.

El misterioso dio muestras de estrechar las manos para cerrar el acuerdo y le pidió a Valmore que le diera su calendario de guardias nocturnas, además le informó que le avisaría con tiempo cada vez que hubiese “Operación Bolsa” —así la denominó para sorpresa del vigilante— y se despidió.

Valmore meditó sobre lo que le acaba de ocurrir: “¿Qué querría decir este señor con eso de la Operación Bolsa?, ¿que yo soy bolsa?, como decimos nosotros a los pendejos. ¿Acaso me vio cara de bolsa o es que van a traer unas bolsas? Si este señor tiene la llave de ese depósito, al que yo nunca he entrado, es porque la “mandamás” se la dio, tiene que ser así, no hay de otra. Entonces, si me hubiese negado a hacer lo que me pidió, a lo mejor ella me manda pa’l carajo. Bueno, mejor pensar en positivo, creo que me va a caer una platica”.

Una noche, el misterioso detuvo su vehículo en la garita de vigilancia, bajó el vidrio de su puerta, y solo le dijo a Valmore: “Operación Bolsa”, y siguió hasta su puesto de estacionamiento. Valmore casi que entra en crisis nerviosa. Estuvo buena parte de la noche con los ojos pelaos. Alrededor de las dos de la madrugada, cuando estaba dormitando, escuchó un ruido fuerte que lo espabiló, vio al frente la camioneta y un motorizado, que se dispusieron a entrar al estacionamiento del sótano. Pasados unos quince minutos, decidió bajar por las escaleras hasta el sitio —lo hizo sigilosamente—, allí encontró al misterioso residente dando instrucciones a los que descargaban la camioneta y llevaban unas bolsas al depósito; se dio cuenta de que se trataba de alimentos, sintió cierto alivio al

saber que no se trataba de algo más grave. También ratificó su teoría de que las bolsas eran de los aportes que el gobierno entregaba a la población para mitigar la crisis económica que reinaba en esos momentos. Ortega le hizo señas a Valmore para que se largara del sitio, orden que cumplió a cabalidad. Cinco noches después vinieron los mismos sujetos a llevarse las bolsas. Pasados unos días, el misterioso abordó a Valmore en su alojamiento, otorgado por la “mandamás”, y le entregó algo de dinero diciéndole: “Para que cierres el pico”.

La Operación Bolsa se repitió durante casi un año, mes tras mes. Valmore estaba contento porque recibía su “platica extra”, no hacía ningún juicio de valor sobre su complicidad en lo que estaba metido, guardaba absoluto silencio, no comentaba nada al respecto con sus colegas de trabajo y mucho menos con los residentes del edificio. Llegó un mes en que dicha operación no se ejecutó. “¿Qué pasaría?”, se preguntó sin encontrar una respuesta asertiva. “¿Se acabó la mercancía? ¿Cambiaron de lugar?”. También se dio cuenta de que tenía semanas que no veía al misterioso entrar o salir del edificio. Notó que la “mandamás” andaba más irascible que de costumbre, pero no se atrevió a preguntarle por el misterioso. Una noche, Valmore observó desde el vidrio de la garita la llegada de varios motorizados y una camioneta policial, de la cual se bajó un oficial que se acercó al portón y le hizo señas para que abriera. Al principio pensó que se trataba del reinicio de la Operación Bolsa, idea que se desvaneció cuando escuchó las palabras del agente:

—¡Abra! —fue la orden que le impartió—. Venimos a detener a Alberto Ortega.

Los nervios se apoderaron de Valmore cuando escuchó aquello, no sabía qué hacer, si abrir el portón o responderle al policía. Finalmente, se decidió por lo primero y por quedarse callado.

Una vez ya adentro del estacionamiento, el jefe policial, antes de interrogarlo, le dijo que se calmara porque lo notaba algo nervioso.

—¿Conoce usted a Ortega?

—Eh, eh, eh... —fueron las primeras palabras dubitativas de Valmore—. Agente, usted comprenderá que aquí vive mucha gente. Yo solo conozco los nombres de algunos.

—¿Seguro que no lo conoce? —le dijo, y procedió a mostrarle una foto de la persona que buscaban.

—Ah, ese señor lo he visto cuando sale y entra en su carro, pero no sabía su nombre.

—¿Cuál es su apartamento? ¿Tampoco lo sabe?

—No, no. Quien puede saber es el conserje, quien vive en la planta baja.

—Acompáñenos hasta allá —le ordenó el policía.

El conserje se llevó un susto al ver a los policías, creyó que lo buscaban a él. Se le pasó el miedo cuando escuchó la pregunta sobre el residente y de inmediato suministró la información: “piso 10, apartamento A”. Los policías ordenaron al vigilante y al conserje permanecer en la planta baja. Subieron en el ascensor hasta el piso indicado, tocaron el timbre de la residencia varias veces, nadie atendió, golpearon con fuerza la puerta y tampoco nadie respondió. En ese momento se abrió la puerta del apartamento contiguo, salió de allí la “mandamás”, quien preguntó qué estaba pasando.

—Buscamos al señor Ortega. ¿Usted lo conoce? —preguntó el jefe policial.

—Sí, claro, es mi vecino, pero desde hace algún tiempo no lo veo. Yo soy Gladys Sulbarán, presidenta de la Junta de Condominio —agregó ella, con la intención de justificar la razón por la cual lo conocía—. Tengo entendido que él no es propietario, es inquilino.

—¿Usted sabe si él ha tenido un comportamiento irregular acá?

—No que yo sepa —respondió con firmeza, para rechazar cualquier sospecha que cayera sobre ella.

El jefe policial dio órdenes a sus subalternos para que derribaran la puerta; lograron entrar, revisaron hasta el último rincón y no encontraron nada comprometedor. Al salir, en medio de la frustración, el policía solo le dijo a la “mandamás”: “Avísenle al propietario”.

Cuando Valmore vio marcharse a los agentes le volvió la calma, sintió un gran alivio saber que no habían encontrado al misterioso y nada que condujera a la Operación Bolsa. Solo le inquietaba un poco el hecho de que los policías habían tomado sus datos personales, aunque le dijeran que formaba parte de la rutina. Dos días después corrió la noticia en los medios de comunicación y en las redes sociales de que habían descubierto una banda delincuenciales dirigida por un exfuncionario público de nombre Alberto Ortega, que estaba siendo buscado —y cuya foto mostraron— porque se dedicaba al robo de las bolsas de alimentos otorgadas por el Ejecutivo Nacional y que luego eran revendidas a comerciantes en distintos lugares del país. Por supuesto que la noticia fue un gran asunto de chismorreos en el Guacharaca. “De la que me salvé”, murmuró Valmore, con lo que cerró ese episodio de su vida.

Luego continuó con su conducta de buenas relaciones con los habitantes del edificio, especialmente con las señoras que vivían solas; también lo hacía con los hombres, pero muchos de estos lo trataban con indiferencia. En una ocasión, uno de estos caballeros lo invitó a su apartamento a tomarse unos tragos. El vigilante aceptó la invitación con timidez. Este individuo era de los pocos que lo trataban con mucho afecto, dialogaba con él con frecuencia, le preguntaba sobre sus orígenes, buscaba siempre decir algo que les causara risa a ambos. Esa tarde, al entrar al apartamento, encontró al propietario en compañía de un colega vigilante, lo que le extrañó, pero no tuvo tiempo de hacer ninguna conjetura ante la efusiva bienvenida que le dieron. Comenzaron a beber *whisky* de doce años, refinada bebida escocesa que Valmore nunca había probado hasta

ese día. Cuando la bebida comenzó a hacer sus efectos en los tres, y entraron en la etapa de mayor relajación, el propietario puso en su televisor música de la aplicación YouTube y se soltó desenfrenado a bailar salsa. Pasados los minutos, este hizo gestos para que sus dos invitados se levantaran de sus asientos y lo acompañaran en su meneada, tomó de la mano al otro vigilante y comenzaron a dar vueltas, luego intentó hacer lo mismo con Valmore, quien se hizo el desentendido. Pero el anfitrión no se detuvo y trató de abrazarlo. En ese momento, Valmore le dio un empujón y le dijo: “¡Zape gato!”, y se apresuró a salir de la vivienda dirigiéndose a su refugio. Al despertarse en la mañana con los efectos de la resaca, Valmore se inquirió con disgusto: “¿Será que ese carajo me vio cara de maricón?”, y soltó una carcajada para burlarse de sí mismo. “No acepto más invitaciones de ese tipo, ni que me ofrezcan *whisky* de dieciocho años”, agregó, para dejar pasar el mal momento. También tomó la decisión, aunque se moría de curiosidad, de no preguntarle a su colega vigilante cómo había concluido el bailecito para “no echarle más leña al fuego”.

En sus andanzas en el edificio se fijó un día en una señora de mediana edad, de cuerpo atractivo, siempre sonriente y conversadora. Cada vez que ella pasaba por el portal del edificio, y se topaba con algún vecino, buscaba intercambiar palabras sobre diversos temas; cuando no lo hacía con los vecinos, lo hacía con los vigilantes que estuviesen de turno. Valmore se enteró de que ella tenía un marido que solía llegar al edificio embriagado, de que algunos vecinos del mismo piso donde habitan se quejaban por los escándalos —gritos e insultos— que se armaban en esa vivienda y de que, a veces, se escuchan unos portazos insoportables. Una tarde, Valmore la vio llegar con varias bolsas de compra de mercado que se le dificultaba cargar y le dijo: “Si usted quiere, la ayudo”. Al llegar a la puerta del apartamento ella procedió a darle las gracias y le expresó: “Yo me

llamo Linda”, a lo que Valmore replicó: “Yo soy Daniel Santos”, pero al notar que ella no había captado qué quiso decir, le dijo: “Era una broma, no se lo tome a mal, mi nombre es Valmore”. “Sí, ya lo sabía”, le respondió ella, “por eso me sorprendió lo que dijo”. A partir de ese momento, cada vez que Valmore la veía entrar o salir del edificio, o bien cuando se la encontraba en las escaleras o en los jardines, siempre le cantaba:

Yo no he visto a Linda,
parecen mentiras
tantas esperanzas
que en su amor cifré.

Ella se sonreía cada vez que lo escuchaba, no le gustaba la voz del vigilante, pero la actuación de este despertaba en ella ansias de ir más allá, incluso deseos que eran frenados por su condición marital. A veces pensaba que su conflicto matrimonial la estaba llevando a tan bajo nivel social, que ahora se sentía atraída por un vigilante. Incluso, buscó las canciones del borinqueño Santos para escuchar completa y con frecuencia la canción que lleva su nombre. En una oportunidad en que Valmore estaba libre de sus responsabilidades, ella se lo encontró en el pasillo y luego de escuchar su canto le preguntó si podía ayudarla en la reparación de una fuga de agua del lavamanos del baño. Ya para esa época, Valmore había comenzado a hacer algunos trabajos de albañilería y plomería de poca envergadura que le permitían redondear su quincena, “matar tigritos”, como acostumbraba a decir. De inmediato le respondió que sí, pero que tenía que ver primero de qué se trataba la reparación. Al examinar la tubería del lavamanos, concluyó en que uno de los ductos estaba dañado, le pidió dinero para irlo a comprar a la ferretería, ubicada al frente del edificio, e instalarlo. Cuando ya

estaba por concluir la reparación escuchó música que provenía de la sala del apartamento, se trataba de la canción que los había acercado, “Linda”, interpretada por Daniel Santos. Al entrar a ese recinto vio a la propietaria en bata de baño, como única prenda de vestir, quien le dijo: “Tómame, Daniel, soy tuya”. Se desató entonces la pasión sexual entre ambos, encima del sofá de la sala. Al concluir, ella le dio las gracias y lo despidió alegando que “mi marido puede llegar en el cualquier momento”. El episodio de la canción del borinqueño se repitió varias veces, siempre ella simulando que el vigilante realizaría algún trabajito en su vivienda. Valmore, por su lado, nunca le cobró, se sentía bien pagado con esos encuentros amorosos.

Una vez, a medianoche, Valmore se encontraba en la garita cuando recibió una llamada telefónica de Linda, quien con gritos y llantos le pidió que subiera con urgencia a su casa, “acaba de ocurrir algo terrible”, le dijo. Al entrar al apartamento vio al esposo de ella tirado en el piso, sangrando por la cabeza, la cual estaba pegada a la mesita de mármol del centro de la sala. “En que lío me estoy metiendo”, fue su primer pensamiento.

—¿Está muerto o vivo? —preguntó con voz temblorosa.

—Creo que está muerto, no se mueve —respondió ella en medio de su llanto.

Valmore se acercó al cuerpo y lo movió suavemente buscando una reacción que no consiguió. Luego lo zarandeó y nada logró; aproximó su oído a la nariz del caído y se dio cuenta de que no respiraba; concluyó que, efectivamente, como ella había dicho, estaba muerto. Entonces se volteó a verla haciendo un gesto negativo con su cabeza y ella volvió a estallar en llanto. Él la abrazó para tratar de calmarla, esperó unos minutos antes de preguntarle qué era lo que había pasado. Al separarse, ella, gimoteando, comenzó su relato:

—Él llegó borracho, como ocurría a menudo desde hace tiempo. Yo salí del cuarto a reclamarle, una vez más, su conducta

desagradable. Le dije que si seguía así nos separaríamos, que ya no lo soportaba. Entonces se puso furioso, comenzó a insultarme, a llamarme loca, a decir que yo era una sinvergüenza. Le repliqué que sus palabras demostraban el tipo de marido en el que se había convertido. En ese momento se acercó a mí, le vi la intención de abofetearme, lo esquivé y lo empuje hacia un lado, entonces resbaló y se cayó, golpeándose la cabeza contra la mesa del centro, tal como lo has visto.

Valmore la veía atónito, el relato le parecía verdadero, pero no tenía claro cómo proceder en esa circunstancia para ayudarla ante lo sucedido. Se le ocurrió, después de darle vueltas al asunto —y se lo hizo saber a ella—, que lo más conveniente era que borrara de la explicación de lo sucedido la discusión que tuvieron, que solo dijera que ella se despertó cuando escuchó un fuerte ruido y al llegar a la sala se encontró con el cuerpo de su esposo tirado en el piso, y que luego llamó a la vigilancia para pedir ayuda.

—¿Pero por qué no podemos decir la verdad? —apuntó ella.

—Vos tienes que entender que estamos delante de un cadáver. La policía va a...

—¿La policía? —interrumpió ella.

—Sí, la policía; ellos van a abrir una investigación y si vos dices que tuvieron una discusión, la policía puede pensar que vos lo empujaste, que cometiste el crimen aunque no lo hubieses preparado; creo que el término que usan es “no premeditado”. En cambio, así como te he dicho que debes informarlo, se trataría de un accidente en el que vos no estás involucrada, libre de culpa, pues. Además, primero tenemos que llamar a una ambulancia

Linda, agradecida y sorprendida por la argumentación de Valmore, solo añadió: “Hagámoslo como tú dices, Daniel”. Valmore procedió a llamar a la Jefatura de la Policía Municipal. Sorprendentemente, llegaron rápido al portón del edificio. Allí,

esperándolos, estaba Valmore, quien se limitó a indicarles lo del hombre muerto en el apartamento, sin dar detalles de lo que sabía, evadía así, lo máximo que podía, su involucramiento. Los efectivos interrogaron a Linda, quien contó lo acordado con “su Daniel”. Aunque no tenían dudas sobre el relato, ellos informaron que por tratarse de un cadáver debía intervenir la policía judicial y la morgue, diligencias que hicieron de inmediato y se marcharon luego de que llegaron sus colegas investigadores. Estos examinaron meticulosamente el lugar, también interrogaron a Linda y al vigilante, y ambos dieron sus versiones de lo acordado. Al poco tiempo llegaron los funcionarios de la morgue, que se ocuparon del traslado del cuerpo para la autopsia de rigor.

—Señora —se dirigió el jefe de los investigadores a la ahora viuda—, tiene que acompañarnos a la sede para formalizar su versión de lo ocurrido. Y a usted, amigo —dijo viendo a Valmore—, le entrego esta citación para que dentro de dos días acuda a dar su testimonio.

Al amanecer de ese día, Valmore vio desde la garita a Linda retornar al edificio y sintió un enorme alivio al saber que no la habían detenido. Al abordarla, ella le contó los pormenores de la gestión policial, insistió en que había repetido exactamente lo que ya había dicho en horas de la noche y agregó que solo añadió que su marido tenía una conducta alcohólica recurrente. “Seguro que te van a preguntar si sabes algo sobre eso”, le indicó.

A los dos días, Valmore acudió a la sede policial, tal como estaba establecido en la citación que le habían dado. Al ser nuevamente interrogado, repitió lo que ya había dicho la noche del suceso. Le preguntaron si sabía algo del comportamiento del señor que falleció.

—La verdad, no. Yo lo había visto en el edificio, pero nunca hablamos ni nada que se le parezca.

—¿Lo vio alguna vez llegar en estado de ebriedad?

—Disculpe, ¿qué palabra es esa?

—Que si lo vio llegar borracho.

—Bueno, yo no, pero ese era un chisme que algunos vecinos decían.

—Y con la señora Linda, ¿usted tenía mayor relación?

—Ella es bastante educada, siempre saluda cuando pasa por la garita, siempre la ayudo a abrir la puerta cuando trae bolsas; eso es todo.

Luego de firmar su declaración, Valmore salió de la sede policial menos nervioso de como estaba cuando llegó. Sin embargo, se dijo a sí mismo: “Debo ser más cuidadoso de con quién me relaciono”. Este pensamiento se reafirmó cuando, pasada una semana, llegó a la garita un joven, al que veía por primera vez, a preguntarle acerca de la muerte de un señor en uno de los apartamentos. Ante la indagación de aquel desconocido, solo le respondió que tenía entendido que fue un accidente.

—¿Está seguro de que fue un accidente? La policía me dijo que usted fue testigo de lo que ocurrió —afirmó el joven.

—No, vos estás confundido, la policía sabe que yo llegué al apartamento cuando el accidente ya había ocurrido, porque la esposa del muerto me pidió ayuda. Del resto, yo no tengo más nada que ver con eso. ¿Y vos quién eres?

—El señor fallecido es mi padre y la que usted llama esposa es una malvada, capaz de haber cometido un crimen. Tarde o temprano lo pagará —ripostó el joven y se marchó sin despedirse.

Valmore quedó impactado con lo que le acababa de suceder, él estaba convencido del relato de Linda de que aquello fue un accidente y no un crimen, como acababa de decirle ese joven. Más preocupante todavía para él era la ayuda que le había dado a ella cambiando el cuento de lo sucedido. “Si lo que dice ese joven es cierto, eso me convertiría en cómplice de un asesinato”, conclusión

a la que llegó, aunque albergando la esperanza de que eso no hubiese sido así. De todas formas, se dispuso a buscar a Linda en su apartamento, a quien tenía días que no veía. Ella abrió la puerta, pero no lo invitó a pasar. “¿Qué quieres?”, fueron sus únicas palabras. Valmore, reacio a hablar allí en el pasillo por el riesgo de que algún vecino los escuchara, insistió en entrar, pero ella no lo dejó. No tuvo más remedio que contarle allí la breve conversación con el hijo del fallecido. Linda se limitó a decirle que no se preocupara, que ese joven no es hijo de ella, que él siempre la ha odiado y que por eso inventó eso del crimen. Seguidamente, se despidió agregando que tenía cosas más importantes de las cuales ocuparse y cerró la puerta. Valmore, desconcertado, no podía creer lo que le estaba pasando. “¿Será que esta señora me usó para cometer ese crimen?”, fue la pregunta que le revoloteó en la cabeza recurrentemente. La angustia se le acrecentó un día que uno de sus colegas vigilantes le contó que había visto a esa señora irse de noche con varias maletas. Un mes después, Valmore se enteró, por medio de la “mandamás”, que Linda vendió el apartamento totalmente amoblado, incluida la mesa de centro que se convirtió en el arma letal. Para su fortuna, el tema de la muerte de ese señor fue desapareciendo sin que surgiera nada nuevo. Nunca más volvió a ver a Linda.

VIII

Inteligencia artificial

El sargento Pulido percibió que su jefe, el comisario Pissarro, andaba un tanto molesto porque no habían conseguido ninguna pista que los condujera a resolver el “asesinato del hotel”, como se acostumbraron a llamarlo. La información que les suministró Interpol sobre el asesinato y su esposa no era relevante, solo les proporcionaron algunos datos ya conocidos de identificación de ambos, nada que ayudara en la investigación. Lo único firme que tenían era la información que había dado la recepcionista del hotel sobre un individuo que había preguntado por la habitación de la pareja, pero no tenían ni su nombre ni un video que permitiera verle el rostro. En esa reflexión andaba Pulido, cuando recibió la llamada de su colega Arellano desde Venezuela.

—¡Épale, pana! ¿Creíste que me había olvidado de ti? Nosotros los orientales nunca nos olvidamos de nuestros amigos, allá ustedes los caraqueños —siguió con la chanza—. Por cierto, ¿desde cuando no tocas el cuatro? —Mencionó el instrumento para recordarle a Pulido su vocación musical.

—Pongámonos serios, vale —respondió el policía franco-venezolano—. Cuéntame, ¿qué averiguaste?

—Lo primero que tengo que decirte es que lo que te voy a informar no es oficial, porque no tengo una solicitud formal de ustedes.

—*Très bien* —acotó Pulido, olvidándose de que su amigo no hablaba francés.

—Mira, franchute, toma nota de lo que te voy a decir: primero, el sujeto asesinado es oriundo de un pueblo de Trujillo que se llama Monay. De allí hay una información de que él, siendo muy joven, supuestamente participó en un robo de materiales de una cementera, hecho que nunca pudo ser comprobado. En ese caso, se dice que sufrió un accidente en moto que lo dejó cojo para toda la vida.

”Segundo, después apareció en Caracas viviendo en un barrio en Petare, en una época en que había varias bandas criminales, pero no hay evidencias de que haya participado en alguna.

”Tercero, luego se constató que estuvo en la nómina de una congregación religiosa llamada Opus Dei, donde permaneció bastante tiempo y luego fue despedido, pero esos curas no quisieron dar información sobre las razones por las cuales se desentendieron de él. Quién sabe en qué cosa se habría metido. El vigilante de esa iglesia me dijo que cuando eso ocurrió también trasladaron a otra parroquia católica a uno de los curas de mayor influencia de allí.

”Cuarto, el sujeto en cuestión apareció posteriormente en la nómina de una empresa de vigilancia, cuyo propietario se llama Giacomo Lo Monaco, con nacionalidad venezolana pero nacido en Sicilia, Italia. Hay indicios de que este individuo está relacionado con la mafia siciliana Cosa Nostra, aunque hasta ahora nada riguroso.

”Quinto, esa empresa de vigilancia puso al asesinado a trabajar en el edificio Guacharaca de la urbanización Las Guacamayas. Allí conoció a la que se convirtió en su esposa, la señora Alexia Beaumont.

”Sexto, en ese edificio murió, en su apartamento, una persona que la investigación determinó que se trató de un accidente, aunque en el expediente aparece una declaración del hijo del sujeto acusando a su madrastra de homicidio. En ese expediente aparece el nombre de Araujo como testigo.

”Séptimo, en la época de vigilante del occiso, vivió en ese edificio un exfuncionario público llamado Alberto Ortega, acusado

de organizar robos permanentes al sistema de Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP), quien habría sido delatado por uno de sus compinches. Es prófugo de la justicia y se cree que huyó al extranjero, pero se desconoce su paradero.

”Octavo, en cuanto a la esposa del asesinado solo averigüé que recibió una buena herencia de su padre y que hubo un litigio con sus hermanos por dichos recursos.

”Noveno, conocida tu gratitud, me debes un jugoso *entrecôte*.

—*Très bien*—respondió Pulido—. Oye, pana, ¿me puedes hacer el favor de enviar por escrito ese relato que me acabas de hacer?

—Yo sabía que me ibas a salir con una de las tuyas. Claro, te lo envío por correo.

Finalizada la conversación telefónica, Pulido revisó, un rato después, su correo electrónico y constató que su amigo cumplió su palabra. Papel en mano fue a la oficina de su jefe para informarle las novedades que había conseguido. Pissarro fue tomando nota de algunos de los datos suministrados por su subalterno y al concluir este la lectura, lo instruyó para que se comunicara con la policía italiana de manera de verificar si Lo Monaco y Valmore Araujo aparecen en la lista de la mafia siciliana, y solicitar de nuevo ayuda a su colega venezolano para que le suministre los datos de identificación —cédula de identidad y número pasaporte— de la persona llamada Ortega y de los hermanos de Alexia Beaumont, esto último con la intención de constatar si esas personas habrían ingresado a suelo francés.

La policía italiana les respondió con cierta rapidez, indicando que Giacomo Lo Monaco aparecía registrado por un vínculo con la Cosa Nostra, pero que no estaba siendo solicitado puesto que no había indicios de su participación directa en algún delito, solo se sospecha que podría estar siendo utilizado para el lavado de dinero; mientras que con respecto a Valmore Araujo, fueron categóricos en

decir que su nombre no aparecía en ninguna investigación. Sobre esto último, Pissarro enfatizó en que no debían descartar completamente la participación de la mafia italiana, “puesto que es posible que Araujo se haya apropiado de algún dinero de ese lavado y decidieron vengarse matándolo”.

El colega venezolano de Pulido también suministró con premura los datos de identificación solicitados. La investigación de la Comisaría de París determinó que hace unos años Alberto Ortega ingresó a Francia por el aeropuerto de Orly y que un mes después salió por ese mismo aeropuerto hacia Londres, donde, de acuerdo a los datos suministrados por los ingleses, se encontraba viviendo hasta ese momento. Con respecto a los hermanos de la esposa del asesinado, solo uno de ellos, Didier Beaumont González, aparecía en los datos de inmigración de la policía fronteriza, y también ingresó por el aeropuerto de Orly. Llamó la atención de Pissarro y Pulido que este ingreso se produjera una semana después de la llegada de Alexia y Valmore, razón por la cual debían investigar el paradero de ese sujeto.

Ante la incertidumbre que estaban teniendo por los diversos y poco concluyentes elementos de la investigación, al sargento Pulido se le ocurrió utilizar las nuevas tecnologías de inteligencia artificial (IA) para tratar de conseguir una ruta sólida por donde enrumbarse. Esta iniciativa la tomó sin consultar a su jefe, porque pensó que si se lo decía “me va a ver cara de loco”. Hizo un resumen, punto por punto, de todas las incidencias del caso y se lo suministró a la IA de DeepSeek, creada por los técnicos y expertos chinos, preguntando al final quién podría haber cometido el crimen. La respuesta del chatbot fue inmediata:

Para determinar quién pudo ser el asesino en este caso, es necesario analizar los posibles motivos y

oportunidades de cada persona involucrada. Aquí hay un desglose de los sospechosos potenciales y sus posibles motivaciones:

1. El dueño de la empresa vinculado a la mafia siciliana.
Motivo: La víctima era su empleado y testigo en una investigación que podría implicarlo en actividades ilegales. Si la víctima tenía información comprometedor, el dueño podría haber querido silenciarla.

Oportunidad: Como jefe, tenía acceso y posiblemente los recursos para ordenar o cometer el asesinato.

2. La esposa del vecino fallecido.

Motivo: La víctima fue testigo en la investigación de la muerte de su esposo, y su hijo la acusa de estar involucrada. Si la víctima tenía pruebas en su contra, podría haber querido eliminarla.

Oportunidad: Dependiendo de su relación con la víctima, podría haber tenido acceso y oportunidad para cometer el crimen.

3. El jefe de la banda delatado por uno de sus miembros.
Motivo: Si la víctima estaba relacionada con la delación, el jefe de la banda podría haber querido vengarse o silenciarla.

Oportunidad: Como líder criminal, tiene los medios y la disposición para cometer un asesinato.

4. Los hermanos de la esposa de la víctima.

Motivo: La esposa de la víctima recibió una herencia en litigio con sus hermanos. Si la víctima estaba involucrada en el litigio, podría haber sido un obstáculo para ellos.

Oportunidad: Dependiendo de su relación con la víctima, podrían haber tenido acceso y oportunidad para cometer el crimen.

Conclusión:

El dueño de la empresa, vinculado a la mafia siciliana, parece ser el sospechoso más probable debido a su posible implicación en actividades ilegales y la necesidad de silenciar a un testigo incómodo. Sin embargo, no se debe descartar a los otros sospechosos sin una investigación más profunda. Cada uno tiene motivos y oportunidades que deben ser explorados para determinar con certeza quién es el responsable del asesinato.

—Jefe —Pulido se presentó a la oficina de Pissarro con la respuesta elaborada por el chatbot—, me tomé la libertad de consultarle a la inteligencia artificial sobre el caso que estamos investigando. Me parece interesante la respuesta y me gustaría saber su opinión.

Pissarro leyó lentamente el documento y después de cada punto solo decía: “ya veo”. Al concluir la lectura le habló a su subalterno:

—En las investigaciones hay que mirar por todas las ventanas, en cada una se observan panoramas diferentes. Si lo que dice ese aparato es cierto, entonces estamos jodidos. Ya la policía italiana nos informó que el nombre de la víctima no aparece en ninguna de sus investigaciones. Si la mafia siciliana participó en el asesinato, creo que nunca sabremos el nombre de quién lo cometió. Yo voy a comunicarme con un policía que conozco en Italia, a ver si nos puede ayudar. De todas formas, profundicemos en los otros puntos por si detectamos algo.

IX

Alexia

Antes de llegar al edificio Guacharaca, Alexia prácticamente vivió casi toda su vida en la casa de sus padres, en la urbanización Prados del Este, salvo el período de su estancia de estudios en París. Allí compartió con sus hermanos, quienes le llevaban una diferencia de edad de ocho y seis años. De cierto modo, ella era la consentida de sus progenitores, situación que no era de agrado para sus hermanos. Ya adultos los tres, a los padres les preocupaba que ninguno se había casado, pese a los esfuerzos que estos hicieron para conseguir que alguno se independizara. Los dos varones sí habían conseguido empleos, pero ninguno de los dos se dispuso a mudarse. Alexia, al contrario, nunca trabajó. Así que cuando los padres fallecieron — primero la madre, a muy temprana edad—, los tres “críos” seguían conviviendo en el mismo lugar. En ese momento comenzó una pelea por los recursos heredados. En el testamento del padre se estableció que el dinero en las cuentas bancarias sería repartido entre los tres hermanos: setenta y cinco por ciento entre Alexia y Jules y veinticinco por ciento para Didier; mientras que las propiedades (la vivienda y un terreno de la misma urbanización) fueron otorgadas solo a los dos primeros mencionados en el documento. Jules no quería vender la casa, Alexia sí quería hacerlo, y Didier se negaba a salir de ella alegando que también le pertenecía.

En el medio de la trifulca por los bienes, Alexia hizo sus cálculos y se decidió a comprar un apartamento y mudarse al Guacharaca

con el dinero heredado. Mantuvo relación con Jules siempre para exigirle la venta de las propiedades, mientras que a Didier “no quería verlo ni en pintura”.

En su nuevo hogar buscó relacionarse con sus vecinos para tratar de hacer amistades. Pronto se dio cuenta de que allí a muchos de ellos les encantaba el chismorreo, comportamiento que siempre le pareció propio de la gente de bajo nivel social, “de los barrios caraqueños, de la chusma”, como acostumbraba a decir, pero resultó que ella también le agarró el gusto. Una de las principales chismosas era la que todos conocían como la “mandamás” del edificio. De ella se hizo amiga o creyó serlo. La escuchaba decir: “Fulano es tal cosa”; “Zutano es lo otro”; “El del quinto B, se las trae con los hombres”; “Aquella que ves allá es lesbi”, y en particular se afincaba en denigrar a los morosos del condominio, a quienes mencionaba como delincuentes, sin revelar que con uno de ellos mantenía estrecha amistad y nunca lo increpaba por no pagar la cuota correspondiente. Por el camino de los chismes, Alexia se fue enterando de quiénes eran los habitantes del edificio: sus profesiones, sus oficios, sus relaciones, sus vínculos, el pasado y presente de los propietarios e inquilinos. Todo eso la divertía, sin reflexionar que ella también se había convertido en protagonista de los cuchicheos: “No se sabe de dónde saca la plata, porque no trabaja”; “Se cree especial, pero viste todos los días como si fuese a correr”; “Hace reclamos con frecuencia sobre temas del condominio, pero no contribuye en nada”.

Para Alexia la vida en el Guacharaca significaba la liberación total. Se había desentendido de sus hermanos, no tenía que hacer ningún trabajo —salvo los oficios cotidianos del hogar—, iba de compras cuando quería y malgastaba si los deseos la arrojaban. La única obligación diaria que tenía era atender a su gata Rafi, mascota que se trajo de la casa de sus padres. La minina era el amor de su vida, le hablaba con cariño, le daba besos y caricias, la alimentaba

con lo mejor que conseguía, la educó para que hiciera sus heces y orinas en la caja de arena y cuando se extralimitaba, la regañaba tiernamente. Eso sí, no la dejaba salir de la casa, temía que se escabullera y nunca más volviera. La llevaba al veterinario cada vez que la veía desganada o le conseguía algún daño en las patas, siempre metida dentro del trasportín por temor a que se le fuese a escapar. Un día que regresaba del veterinario se topó en la entrada del edificio con el vigilante, quien la vio cargando con dificultad el trasportín, una bolsa de alimentos para gatos y otra de aserrín para la caja de arena. Él se ofreció a ayudarla a llevar las cosas que traía. Alexia, quien hasta ese día no había tenido mayor relación con el personal de vigilancia, solo los saludos educados de “Buenos días”, “Buenas tardes”, aceptó que el vigilante de turno le llevara las bolsas hasta el apartamento. Al llegar a la puerta, Valmore, lleno de curiosidad, le preguntó a Alexia qué llevaba dentro de esa extraña caja que tenía huecos en los lados.

—A Rafi, mi gata. Esto se llama trasportín, así no corro el riesgo de que brinque y se escape —respondió Alexia y de inmediato introdujo su mano en la cartera para sacar un billete y dárselo al vigilante como muestra de gratitud por ayudarla.

Valmore sonrió al ver el gesto de ella.

—No, no, señora, no hace falta, esto lo he hecho con mucho gusto —le dijo, aunque ante la insistencia de ella de entregarle el dinero, él se lo quitó de la mano con un suave roce de los dedos.

A partir de ese día, los saludos entre Alexia y Valmore fueron menos formales, pasaron del simple “Buenos días” al “¿Cómo le ha ido?”, “¿Cómo está la gata?”, “¿Mucho trabajo hoy en la puerta?”; y después del usted al tuteo: “¿Necesitas algo?, voy al súper”, “¿Quieres que te ayude?”, “Aquí te traigo esto para que meriendes”. Luego, Valmore se convirtió en el ayudante de Alexia para los trabajos de reparaciones de la casa. Se ocupaba de las filtraciones, de pintar

alguna pared, de cambiar un bombillo o una lámpara del techo. En estos eventos comenzaron a ampliar sus diálogos, a intercambiar opiniones sobre algún acontecimiento del edificio o de lo que sucedía en el país, a conocerse más y mejor. Valmore usó la técnica del buen humor aprendida en el billar de su pueblo, de cualquier hecho sacaba un chiste para hacerla reír. Alexia, por su lado, le ofrecía con frecuencia algo de comer cuando él terminaba el trabajo que estaba haciendo, se afincaba ella en el dicho repetido por su padre de que “al pez hay que ponerle la carnada para que muerda”. Poco a poco se dieron cuenta de que ambos se sentían agradados cuando compartían esos momentos triviales. Ese acercamiento dio paso a la reflexión. Ella se preguntó si de verdad se sentía atraída por ese personaje, le gustaba su forma de ser, pero no estaba convencida de que podría ir más allá. “¿Tener una relación amorosa con ese tipo?, ¿será que estoy loca?”, se increpaba tratando de alejar esos pensamientos. Él se veía tentado a ir más allá, pero temía ser rechazado, porque sus orígenes y su condición social siempre influían en sus dudas acerca de si alguien de “otro nivel social” pudiese verlo con interés.

En esas cavilaciones andaban, cuando una tarde a Valmore se le ocurrió hacer algo insólito. Sentado en la garita se puso a escribir lo que él consideraba un poema de amor. A Valmore ni la literatura ni la escritura se le daban, su bajo nivel educativo no lo ayudaba en esos menesteres. Sin embargo, se puso tozudo en esa tarea de escribir algo que pudiese gustarle a Alexia y que desencadenara, definitivamente, la atracción de ambos, al menos así lo creía él. Después de varios intentos, de desechos y de rabetas consigo mismo, concluyó un texto que se lo mostró a uno de sus colegas, quien a su entender había estudiado más que él y que podría hacerle alguna corrección ortográfica si era necesario. “Verga, gocho, ahora eres poeta”, le exclamó su colega en tono de burla. Se atrevió a colocarle el título

a los versos: “Soy”, y le insistió en que pusiera su nombre al final del escrito a mano.

Soy

Soy el búho
De noche te vigilo
De día te cuido

Soy el gavián
Al mediodía te mimo
En la tarde te persigo

Soy la abeja
Tu oreja oye mi zumbido
Y tu boca disfruta mi fluido

Soy el colibrí
Te pico la flor
Y te deajo el olor

Soy el cocodrilo
Un mordisco te doy
Y nunca me voy

Soy el ratón
Paseo bajo tu cama
Y tu gata se encarama

Soy yo
Quien más te ama
Y quiero que te den ganas

Valmore Araujo

Valmore, tal como habían acordado el día anterior, subió esa tarde al apartamento de ella a hacer una pequeña reparación dentro de clóset y llevaba guardado en el bolsillo del pantalón su primera creación literaria. Al concluir el trabajo, Alexia le ofreció beber juntos una cerveza sentados en el sofá de la sala. Después de disfrutar parte de la bebida, el vigilante se dijo a sí mismo que había llegado el momento de entregarle lo que para él era una carta de amor.

—Mirá, vos —y sacó del bolsillo el papel—, te he traído esto, espero que te guste.

Alexia nunca se imaginó que ese día iba a recibir semejante sorpresa del vigilante. Agarró el papel, observó presurosa el contenido y procedió a leerlo en voz alta. Al concluir la lectura soltó una carcajada, pero al ver el rostro de Valmore que indicaba malestar por su reacción, le dijo, con la intención de revertir ese disgusto: “Supongo que como es de tarde, ahorita eres el gavilán que me persigue”. Aquella respuesta, Valmore la interpretó como que le había dado luz verde para que avanzara y así lo hizo. Se arrimó a ella mirándola con sus ojos deseosos, acercó sus labios a los suyos apetitosos, la besó primero suavemente y luego lo hizo con frenesí. Alexia, por unos instantes, dudó sobre si continuar con aquello, pero se dejó llevar por la pasión que sentía. De los besos en la boca pasaron a los de otras partes del cuerpo y a las caricias excitantes, desprendiéndose de las vestimentas avanzaron a los puntos de mayor estímulo, llegaron allí donde ambos soñaban con la plenitud de la vida, la penetración se convirtió en la subida a la cúspide de los placeres hasta lograr el desenfreno lujurioso. Una vez calmados los ánimos, cada uno, en

silencio, meditó sobre lo que acababan de vivir. Alexia, satisfecha, pensó: “¿Por qué no continuar? ¿Por qué no?, si él me gusta, ¿por qué no? Sé que parece extraño, quizás sea lo mejor que haya tocado a mi puerta”. Él, por su lado, se repetía las palabras: “Creo que lo logré, lo logré”. Al rato a él le volvió el ímpetu y se dispuso a acariciarla de nuevo y ella lo invitó a que fuesen a la cama.

A partir de ese momento se convirtieron en amantes, luego en pareja y después en esposos. En la etapa de amantes, Valmore siguió viviendo en el espacio que le había concedido la “mandamás”, subía al apartamento de Alexia para los encuentros amorosos y luego volvía a su “agujero”, así comenzó a llamarlo porque se sentía como un ratón que huía a esconderse. Ella comenzó a llevarle una vianda de comida a la garita cuando él estaba de turno en la vigilancia, conducta que llamó la atención de algunos de sus vecinos, pero que no trascendió porque ella había ganado fama de religiosa, que aportaba contribuciones a la iglesia más cercana, y por eso justificaban esa solidaridad con el trabajador. La situación empezó a cambiar porque en ocasiones las citas de los deseos sexuales se producían en horario nocturno y en más de una ocasión Valmore amanecía en el apartamento. La frecuencia de esos encuentros hizo determinar a Alexia que mejor sería que él se viniera a vivir a su casa, sin importarle lo que pudieran pensar los demás y así lo hicieron. Claro está que cuando los vecinos se enteraron de lo que estaba ocurriendo en ese apartamento, Alexia se convirtió en las delicias de los corrillos del edificio: “Ella, que se la da de aristócrata, se refriega con un marginal”; “El prestigio del edificio se vino al suelo por culpa de ella”; “No es de extrañar que alguna se arrime entonces al conserje”, decían, entre otros juicios, sobre todo las mujeres solitarias, que en cierto modo mostraban con esas palabras la envidia que le tenían.

Valmore siguió en sus funciones de vigilante sin prestarle atención a quienes se atrevían a hacerle algún comentario sobre su

nueva condición social, incluso esta dio un paso más arriba cuando Giacomo Lo Monaco, esposo de la “mandamás”, le propuso asociarse a la empresa de vigilancia, siempre y cuando Alexia, ahora considerada su señora, invirtiera en la compañía una suma de dinero. Después de discutir los pro y los contra de esa propuesta, siempre poniendo por delante los beneficios que obtendrían, la pareja aceptó invertir en esa empresa, la cual tenía varios contratos de servicios de vigilancia en edificios de la misma urbanización Las Guacamayas. La única condición que pusieron, aceptada por Lo Monaco, fue la de que, a partir de ese momento, Valmore se convertiría en supervisor de todos los vigilantes.

Luego llegó el momento en que Valmore tomó la decisión de proponerle matrimonio a Alexia, pero estaba lleno de dudas de cómo hacerlo. Se preguntaba si debía recurrir a como se ve en las películas gringas, donde el hombre se arrodilla y le muestra un anillo a la mujer o hacerlo “después de tener un polvito”; ¿sería mejor sentarla a conversar y de repente decírselo o debía escribirlo? Al final se inclinó por esta última opción y se la mostró a su corrector vigilante, que solo le colocó las acentuaciones y nuevamente bromeó: “Voy a tener que convertirme también en poeta, a ver si tengo la misma suerte que tú”.

No sé cómo decirlo
No sé cómo expresarlo
Solo quiero amarte
Con el vigilante, ¿quieres casarte?

La lectura del breve verso provocó tal emoción en Alexia que la hizo estallar en llanto. Esa fue la primera vez que un hombre le proponía matrimonio, no se lo podía creer; entre más veía a Valmore más lagrimas brotaban de sus ojos, quería responder pero

no encontraba las palabras que expresaran el nivel de agradecimiento. Finalmente, lo abrazó con fuerza y le dijo suavemente al oído: “Yo también te quiero para el resto de mi vida”. La alegría se apoderó del vigilante y le dio las gracias con un tierno beso en los labios. Días después, se dispusieron a realizar los trámites de los documentos necesarios para concretar la boda y acudieron a la jefatura civil de la parroquia para fijar la fecha del evento. Al salir de esa oficina a Valmore le ocurrió algo que pudo amargarle los días de felicidad en que se encontraba por la cercanía de la boda. Caminando por la acera tropezó, hombro a hombro, con un individuo de contextura fornida, se volteó a pedirle disculpa y el sujeto le replicó:

—Miren, el bichito que pide disculpa —acotó molesto el transeúnte—. ¿Le pediste disculpa a Dios por haber ayudado a esa señora a cometer un crimen?

Enseguida, Valmore identificó a quien se estaba dirigiendo a él en forma agresiva, se trataba ni más ni menos que del hijastro de Linda, cuyo esposo, de acuerdo a la versión dada por ellos, había muerto accidentalmente dentro de su apartamento en Guacharaca.

—Tarde o temprano la vas a pagar; ¿oíste, sinvergüenza? —le gritó y se marchó.

Valmore siguió andando agarrado de la mano de Alexia, quien nerviosa no entendía lo que acababa de pasar. Al llegar a casa, Valmore le contó lo sucedido con Linda, sin darle detalles de su relación con esa señora.

—No te preocupes —le dijo al final—, ese muchacho está confundido. La policía dejó muy claro el caso: yo no tuve nada que ver con lo que pasó.

Alexia asumió como verdadero lo dicho por su futuro esposo, aunque el tema le dejó un hilo de inquietud.

Luego programaron la celebración, que se realizaría en la sala de fiestas del Guacharaca; hicieron la lista de invitados, entre ellos

estaban la “mandamás”, su marido Lo Monaco y otros vecinos, pero, extrañamente, no incluyeron a ningún familiar de los dos. Cumplido el proceso oficial de matrimonio en la jefatura civil, se realizó ese mismo día la reunión de festejo en armonía con los asistentes, quienes, en repetidas ocasiones, brindaron por los recién casados. La que no celebró fue una de las campeonas del cuchicheo, quien le comentó a otra vecina, al pasar ambas por fuera del lugar: “Esto era lo que nos faltaba, ¡bochinche de chusma!”. Alexia y Valmore no organizaron viaje de luna de miel ni nada parecido, se limitaron a continuar el festejo en la intimidad de su casa.

Pasados varios meses desde la celebración, se produjeron dos hurtos seguidos de objetos que habían sido dejados dentro de vehículos estacionados en los sótanos del edificio. El primer hurto provocó cierto grado de molestia en los propietarios e inquilinos, pero no trascendió más allá de las quejas acostumbradas en estos casos. La “mandamás”, a pedido de algunos vecinos, decidió contratar el servicio de instalación de cámaras de vigilancia, que fueron ubicada en varios lugares del conglomerado y que podían ser observadas en una pantalla desde la garita. Sin embargo, cuando se produjo el segundo robo, las quejas y señalamientos en los pasillos y en las redes sociales —el chat de Whasapp fue el más virulento— se dirigieron hacia el personal de vigilancia, especialmente con palabras denigrantes hacia Valmore. En las imágenes proporcionadas por las cámaras se pudo observar el ingreso de una persona por el portón de los sótanos, pero la falta de nitidez en el rostro no permitió la identificación del ladrón. Por esta razón, las críticas también se dirigieron hacia la Junta de Condominio, sintiéndose particularmente señalada la “mandamás”. El barullo fue de tal magnitud que la directiva acordó rescindir el contrato de la empresa de vigilancia y contratar una nueva. El malestar se extendió hasta la asamblea de propietarios, donde le pusieron fin al reinado de la “mandamás” y

eligieron nuevos miembros de la Junta, aunque ella siguió teniendo mucha influencia en las decisiones de estos.

Valmore, bastante molesto y preocupado por lo sucedido, continuó sus labores de supervisor de vigilancia en los otros condominios donde la empresa mantenía sus contratos. Lamentablemente para él, unos meses después, el patrón, Lo Monaco, le dijo que tendrían que cerrar la empresa porque sus “socios italianos” le habían dado instrucciones de hacerlo. Valmore no entendió este argumento y se quedó sin saber las causas por las cuales ya no tendría empleo. Alexia se puso fúrica cuando se enteró de la decisión tomada por Lo Monaco, sin consultarles. Entonces acordaron crear su propia empresa de vigilancia, pero solo lograron en principio mantener contrato en dos de los edificios, luego uno de estos también canceló la relación con ellos. Valmore percibió que, en cierto modo, el mundo se le venía abajo. Se les hacía muy difícil mantener la empresa con un solo contrato, las cuentas no daban. Por esta razón, siguió haciendo trabajitos de plomería y albañilería en el Guacharaca para tratar de compensar la caída de sus ingresos y, además, para demostrarle a su esposa su independencia en el tema económico.

En esta etapa fue cuando ella concibió la idea de irse a vivir en París. Esto coincidió con la venta de una de las propiedades heredadas de su padre acordada con su hermano mayor, Jules. En su plan de emigrar estableció que ese dinero obtenido era una cantidad suficiente para mantenerse los dos por un buen tiempo en la capital francesa. Al presupuesto también le añadía lo que ella había ahorrado de la primera parte de la herencia, sin dejar de lado la posibilidad de que Valmore consiguiera trabajo en el campo de la construcción. En ese momento de las ilusiones del viaje, las minimizaba el hecho de que su marido no hablaba el idioma y de que tampoco era muy ducho en el oficio de la albañilería y plomería. “Él, zoquete no es, así que aprenderá rápido el francés”, se decía ella en sus elucubraciones

sobre el nuevo destino. No tuvo mayores dificultades en convencer a Valmore sobre su idea de abandonar el país. Para alguien como él, que solo conocía su pueblo de nacimiento y la capital, Caracas, tener la oportunidad de ir a Europa se convertía en un sueño maravilloso. No tenía claro si iba o no a resolver el problema del idioma, si iba o no a conseguir trabajo, si se iba a adaptar o no a las nuevas condiciones, pero sí tenía claro que era un salto nunca imaginado en su vida y por eso no dudó en dar su aprobación al plan. A partir de entonces iniciaron el proceso de trámites de la documentación necesaria: pasaportes, pasajes, reservación de hotel, vacunación de la gata y permiso de transportación. El plan incluía que no venderían el apartamento hasta tanto no se establecieran definitivamente en la ciudad europea. Llegado el día de la aventura, se dispusieron a trasladarse al aeropuerto sin despedirse de ninguno de sus vecinos. Al salir en el taxi que los conducía, Alexia solo dijo: *“Au revoir”*.

X

¿Quién mató al vigilante?

El policía conocido del comisario Pissarro en Roma le facilitó el número telefónico de su colega en Sicilia, llamado Salvo Montalbano, quien, aunque no hablaba francés se hacía entender con facilidad, le dijo que investigaría sobre las personas mencionadas y que luego se comunicaría con él. Dos días después este le confirmó que efectivamente Giacomo Lo Monaco aparecía en la lista de miembros de la mafia Cosa Nostra, pero que su rango dentro de la familia es de muy bajo nivel, “*Quasi un lavoratore, capito?*”. Agregó que el negocio que la mafia tenía en Venezuela había desaparecido, porque el gobierno de ese país estaba actuando con mucha eficiencia y severidad contra la delincuencia.

—*Il nome Valmore Araujo non e noto, capito? Come si dice en francese: N'est pas connu.*

—*Grazie mille* —respondió Pissarro.

—*Di niente, fortuna.*

El comisario informó a su subalterno, Pulido, el resultado de la conversación con el colega italiano y concluyeron en que debían descartar definitivamente la pista que conducía a la mafia. Pulido opinó que debían interrogar una vez más a la esposa del fallecido, para aclarar algunos puntos de la información obtenida desde Venezuela, y así lo acordaron. Esta vez citaron a Alexia nuevamente en la comisaría, a tempranas horas de la mañana. Pissarro comenzó el interrogatorio:

—¿Sabe usted que la discapacidad para caminar que tenía su esposo se debió a un accidente en moto, ocurrido durante su participación en un robo en su pueblo natal?

—Él me contó que sufrió una lesión en un accidente de moto y que por eso no quiso más nunca manejar ningún vehículo, pero no me dijo nada de que hubiese sido durante un robo ni nada parecido.

—¿Sabía usted que la empresa de vigilancia donde él trabajaba pertenecía a la mafia siciliana?

—¿Cómo?! No sabíamos nada de eso. El dueño nació en Italia, pero tenía nacionalidad venezolana. Es más, nosotros también invertimos en esa empresa. Ahora, sí es cierto que poco antes de nosotros venir a Francia, el señor Lo Monaco, el dueño, nos informó que cerraría la empresa porque sus socios italianos así se lo ordenaron.

—¿Pudo haber ocurrido algo con el dinero de esa empresa en el que estuviese vinculado su marido?

—No, que yo sepa. Mi esposo tenía muy poco dinero. Investiguen su cuenta bancaria de Venezuela y verán que es cierto lo que estoy diciendo. En mi caso, como ya les dije la vez anterior, el dinero que yo tengo proviene de la herencia de mi padre.

—¿Sabía usted —prosiguió Pissarro con las preguntas— que su esposo aparece en el expediente de una investigación de la policía de su país por la muerte, supuestamente accidental, de uno de los propietarios de apartamentos del edificio donde ustedes se conocieron y que el hijo del fallecido acusó a su madrastra de haberlo asesinado?

—Ahora que usted dice eso, acabo de recordar que un día cuando salíamos de la oficina de la jefatura civil, donde hicimos los trámites para el matrimonio, un individuo tropezó a Valmore en la calle y luego lo amenazó diciéndole que tarde o temprano la iba a pagar. En esa oportunidad, él me contó lo sucedido tiempo antes en el edificio con la muerte accidental de esa persona y me aseguró que

no tenía nada que ver con ello, salvo el hecho de haber acudido al llamado de ayuda de la esposa del fallecido.

—Luego de ese episodio —insistió Pissarro—, ¿sabe usted si él volvió a recibir alguna amenaza?

—No, yo quedé algo angustiada con aquel relato, pero que yo sepa no se produjo más nada sobre ese tema.

De repente entró en la sala de interrogatorios uno de los ayudantes del comisario y les pidió a los investigadores que salieran porque había algo importante que debían ver. Se excusaron con la interrogada y le dijeron que esperara. Lo que le entregaron fue el informe de la policía científica acerca de la sangre hallada en el lugar de los hechos. Lo más importante del análisis fue que el rastro de sangre hallado en la sábana de la cama del hotel era humana, por lo tanto no era del gato que allí se encontraba, como al principio dedujeron. En segundo lugar, el ADN de esa sangre no concordaba con la del fallecido. Por último, de acuerdo a los exámenes de sangre realizados a Alexia Beaumont en el hospital donde fue internada, su ADN concuerda en un cincuenta por ciento con el de la sangre de la cama. Conclusión: esa sangre pertenece a uno de los familiares de ella. Al concluir la lectura del informe, Pissarro y Pulido intercambiaron criterios sobre el siguiente paso a dar. Entraron de nuevo a la sala de interrogatorio. Esta vez fue Pulido quien hizo la pregunta.

—En el tiempo que han estado viviendo en el hotel, ¿recibió usted la visita de algún familiar?

Antes de que ella respondiera, Pissarro insistió en que “es muy importante que usted recuerde si algún familiar, por ejemplo, si uno de sus hermanos, estuvo en la habitación”.

Dichas preguntas dejaron consternada a Alexia, porque no entendía qué tenía que ver su familia con lo ocurrido. Su primera respuesta, así misma, fue negativa, pero enseguida vino a su memoria aquella imagen percibida en la calle el día del asesinato.

—Responda, por favor —apuntó Pulido subido de tono.

—No he recibido visita alguna de mis familiares. Solo puedo decirles que acabo de recordar que el día del asesinato, cuando estaba sentada en el Café de Saint-Michelle, tuve la impresión de ver a lo lejos a un hombre parecido a mi hermano Didier, pero esa imagen fue muy difusa y no se volvió a repetir. En ese momento creí que era producto de mi imaginación.

—¿Tiene usted alguna idea de dónde podría estar alojado?

—No, ninguna —dijo con lágrimas en los ojos—. ¿Acaso sospechan de él?

En ese instante, Pissarro decidió interrumpir el interrogatorio, solo le dijo a Alexia que no podía abandonar la comisaría y que sería llevada a otra oficina y atendida por el personal de la misma, en caso de necesitar algo.

—Tenemos que movernos rápidamente y averiguar dónde podría estar el hermano de ella, si aún sigue en territorio francés —ordenó Pissarro a su equipo de investigadores—, averiguar si informó dónde se alojaría al llegar a Francia, establecer si abandonó el país vía aérea, conseguir cualquier dato que nos sirva para ubicarlo.

A Pulido se le ocurrió en ese momento —y así se lo hizo saber a su jefe— que debían volver a llamar a la prima de Alexia, Isabel Trudeau Beaumont, quien podía tener alguna información sobre el paradero de su primo Didier. En las primeras de cambio, la prima se hizo la desentendida una vez más, pero cambió su actitud cuando Pulido le manifestó:

—Tenga usted en cuenta que se trata de la investigación de un asesinato y si no colabora podríamos considerarla como cómplice del mismo.

Allí reculó:

—No le informé, inicialmente, porque tratándose de ella cualquier cosa extraña puede ocurrir. En realidad, Didier me pidió que le

prestara el apartamento cuando se enteró de que su hermana vendría a vivir a París. Yo se lo cedí porque sé que él es un buen muchacho.

—¿Y sigue alojado allí?

—Creo que sí, no se ha vuelto a comunicar conmigo.

—Deme la dirección, por favor.

—Queda en París 13, avenida Ivry, edificio Bon Vivant, piso 13, apartamento A.

—Señora, tenga en cuenta que no debe comunicarse con él de ninguna manera, si lo hace se meterá en serios problemas, nosotros nos enteraremos.

—De acuerdo, no lo haré.

De inmediato salieron hacia la dirección obtenida los integrantes del equipo de investigación liderados por el propio Pissarro. Al llegar al sitio conversaron brevemente la táctica a seguir: Pissarro y Pulido subirían al piso del apartamento y los otros vigilarían la puerta principal y la salida de emergencia del edificio. Dentro del ascensor se pusieron de acuerdo sobre cómo abordarían al sujeto buscado luego de tocar el timbre de la puerta.

—¿Quién es? —se oyó la pregunta de quien hablaba desde dentro de la vivienda y había mirado por el ojo visor de la puerta al recién llegado.

—Buenos días —dijo Pulido, hablando expresamente en español para inducir confianza—, me llamo Carlos y soy amigo de Isabel, traigo un mensaje de ella.

Didier mordió el anzuelo y procedió a abrir la puerta. En ese momento, se dio cuenta de que eran dos personas las que estaban allí en el pasillo, intentó volver a cerrarla, pero Pulido se lo impidió dando un fuerte empujón. Lamentablemente para este, no se percató de que el sujeto tenía en la mano derecha una navaja, con la cual lo hirió en el hombro izquierdo. A todas estas, Pissarro ya había desenfundado su pistola y le disparó al agresor, quien antes de caer

gritó: “¡Ella me pertenece!”. Pissarro, antes de socorrer a Pulido, se comunicó con sus colegas que estaban abajo, ordenándoles que pidieran ambulancias para atender a dos heridos. Ambos fueron llevados al Hospital de la Pitié-Salpêtrière. Para fortuna de Pulido, la navaja no llegó a tocar ningún órgano vital, solo tuvieron que coserle la herida para evitar más derramamiento de sangre; sin embargo, por prevención, los médicos decidieron dejarlo hospitalizado. Mientras que a Didier la bala en la cabeza le causó un fuerte traumatismo, por lo que tuvieron que operarlo de emergencia y no salía del coma.

Pissarro regresó en horas de la noche a la comisaría con la intención de informarle a Alexia el resultado de la operación policial de detención de su hermano. Al reunirse con ella, le dijo:

—Le tengo dos noticias y las dos son malas. El asesino de su esposo fue su hermano, aunque no sabemos la razón por la cual cometió el crimen. La otra, es que él opuso resistencia a su detención, actuó con violencia, hiriendo con una navaja a mi colega y ayudante, Pulido, lo cual provocó nuestra reacción; él recibió un disparo en la cabeza. En este momento, se debate entre la vida y la muerte. Las únicas palabras que pronunció, antes de caer al suelo, fueron: “Ella me pertenece”. Creo que solo usted sabe a qué se refería. ¿Puede darnos alguna idea de la razón de su comportamiento?

Alexia comenzó a llorar desde que escuchó la primera noticia dada por el jefe policial y cuando supo las palabras pronunciadas por Didier, se desató en ella el deseo de desahogarse revelando la verdad acerca de la relación que había tenido con su hermano.

—Siendo yo niña —inició compungida el relato—, mi hermano Didier me trataba con mucho cariño, jugaba conmigo, me cuidaba, me enseñaba, me ayudaba con las tareas de la escuela, a veces me defendía ante algún regaño de mis padres. Ya en mi temprana adolescencia comenzaron a ocurrir algunos episodios que yo no entendía, me daba besos en los cachetes y a veces de piquito en la boca; yo no

me oponía porque pensaba que eran muestras de su cariño. Llegó un momento en que empezó a tocarme en mis partes íntimas, siempre lo hacía con delicadeza y como si se tratase de un juego.

—¿Y sus padres no se enteraron de lo que estaba ocurriendo? —la interrumpió Pissarro.

—No, eso lo hacía siempre a escondidas. Mis padres lo supieron fue cuando yo les revelé que una noche Didier entró a mi cuarto, se acostó en mi cama, comenzó a hablarme dulcemente, a besarme y luego me violó. Al principio no estuvieron convencidos de lo que les había contado, pero decidieron llevarme al médico para examinarme y este diagnosticó que había perdido la virginidad. A partir de entonces, yo casi siempre estaba encerrada bajo llave en mi cuarto. A ambos nos sometieron a terapia psicológica. Y a él le restringieron todos sus gastos. Las pocas veces que nos veíamos se comportaba como la persona normal que yo había conocido antes, pero de vez en cuando me susurraba: “tú eres mía”. Mi padre, aunque siguió manteniéndolo, nunca le perdonó lo que había hecho y creo que esa fue la razón por la cual, en su testamento, lo dejó por fuera en buena parte de la herencia. Decisión esta que le provocó amargura y rabia, ensañándose constantemente contra mi hermano Jules y conmigo. Sus reiteradas arremetidas, a veces con palabras y otras intentando tocarme, hicieron que yo tomara la decisión de abandonar esa casa, pese a ser propietaria de la misma junto con mi otro hermano, quien, por cierto, se ha negado a venderla hasta el día de hoy.

Pissarro volvió a interrumpirla, pero esta vez para atender una llamada en su celular. Al terminar la conversación, se dirigió de nuevo a ella:

—Siento decirle que me han informado del hospital que su hermano falleció.

Alexia, al enterarse de eso, no lloró; para ella, la noticia significó el cumplimiento de la venganza.

XI

Epílogo

Gracias a Rafi se supo quién mató al vigilante.

Índice

I		
Se acabó el sueño		9
II		
Monay		19
III		
El interrogatorio		41
IV		
A la capital me voy		47
V		
Los orificios del placer		57
VI		
Un callejón sin salida		67
VII		
La Operación Bolsa		75
VIII		
Inteligencia artificial		91
IX		
Alexia		97

X	
¿Quién mató al vigilante?	109
XI	
Epílogo	117

El vigilante
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
en el mes de junio de 2025
Caracas, Venezuela





Valmore Araujo es asesinado en la habitación de un hotel en París en extrañas circunstancias. Los detectives buscan llegar a la resolución del crimen indagando en el pasado de la víctima. Novela policiaca que combina el humor y la narración amena, *El vigilante* le ofrece al lector un relato fresco, realista y actual de un personaje cuya vida, repleta de peripecias y situaciones rocambolescas, transcurre entre Trujillo, Caracas y París.

ALFREDO PALACIOS MARTE (Caracas, 1952)

Periodista y escritor. Licenciado en Comunicación Social (UCV) y doctor en Ciencias Políticas por el Instituto de Altos Estudios de América Latina en la Sorbonne Nouvelle, París III (Francia). Ha realizado cursos de Gerencia de la Comunicación Pública (IESA, Venezuela) y en el Instituto de Gestión Pública (Francia). Su dilatada carrera como periodista abarca desde medios impresos (*Punto, El Universal, El Nacional y Economía Hoy*), corresponsal en Francia para la agencia de noticias Venpres, así como conductor de programas de opinión en Venezolana de Televisión (VTV), YVKE Mundial y Radio Nacional de Venezuela (RNV). Fue distinguido con el Premio Municipal de Periodismo (2015). En el año 2022 decide incursionar en la creación literaria, con su primera novela *La lágrima de la Mona Lisa*, siendo esta, *El vigilante*, la segunda obra del autor.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA